

Capítulo 25 - El Rey Carmesí

Mario no estaba muy convencido de la decisión que había tomado, pero había aceptado y tenía que cumplir. Lo había hecho más por Jorge que por él mismo, aunque quizá era más probable que el muchacho acabase cuidando de él. A primera hora de la mañana, él y Jorge habían partido hacia la otra orilla del río, haciéndose pasar por dos inmigrantes más que viajaban al refugio. Una vez pasado el río la única ley que imperaba era la de arquitectura. Los cimientos de los edificios de aquel lugar habían soportado muchísimas agresiones por parte del clima y eran más frágiles de lo que aparentaban. Mario sintió curiosidad por saber lo que habría en aquellas casas, pero se quedaría con ella.

Aquel lugar le parecía tan trágico que a su mente se presentaba con cierto tono cómico, una tragedia tan triste que acababa despertando el más básico instinto de defensa. La locura impregnaba aquel lugar, y las personas que entraban a aquel edificio no eran más que combustible para la misma. Mario reía para sí pensando en lo ridículo de todo aquello, en el sinsentido que era aquel lugar. Nadie lanzaba grandes gritos de voces, nadie parecía organizar la cola, y sin embargo todo el mundo parecía entender lo que había que hacer, incluidos ellos. Jorge se puso a hablar con una chica, Mario supuso que no la conocía de antes. Era curioso incluso en aquella situación tan especial, y tratándose de jóvenes tan especiales, los instintos que apremiaban a los adolescentes a hablar con el sexo opuesto seguían igual de fuertes. Si la amiga del chico, Sara, hubiese visto todo aquello... Aquel hubiese sido otro motivo para reír.

Los dirigían a un edificio extraño, no parecía ser como los demás, su forma lo delataba. Era relativamente pequeño, apenas tenía dos pisos. Ninguna ventana ni ningún otro tipo de orificio que permitiese la entrada de luz, o de cualquier otro elemento de fuera que no fuese a través de la puerta principal. Por un momento, Mario sintió miedo. Toda la fila se había parado. La chica le había indicado a Jorge que debía hacerlo en cuanto salió del edificio un hombre, y luego otro, y luego otro... Una hueste de hombres o mujeres armados, no lograba distinguirlos debajo de la extraña ropa que llevaban, salió del edificio. La chica, cuyo nombre creía que era Felicia, parecía saber perfectamente que era todo aquello, y no era la única. Aquella no era la primera vez para muchos, y por su mente surgieron toda clase de dudas, pero prefirió callar y bajar la cabeza, como hacían todos.

No por ello dejó de echar una ojeada a los que tenía cerca. Quería ver sus rostros, sus expresiones, quería saber cómo era la gente que se unía o que de cierta manera aceptaba la protección de una organización asesina como el Nuevo Edén. Se decepcionó al no ver nada fuera de lo normal. Todas aquellas personas parecían ser normales, incluso había niños muy pequeños caminando. El reflejo de la risa pronto dejó paso al del miedo. Acababa de comprender todo el peligro, todo el sufrimiento que podía desencadenar los actos que iban a ocurrir ese día. Cuando entró en el edificio junto con Jorge y Felicia, no pudo sino arrodillarse ante el Fénix y una especie de figura geométrica extraña que debía ser sin duda alguna el símbolo del Rey Carmesí. Hizo todo lo que vio que hacían los demás, pero él en su mente no llevaba una plegaria o un ruego al Nuevo Edén, sino a todos los que había dejado al otro lado del río.

Una vez estuvieron dentro, oyó un sonido, un sonido muy fuerte, como el de un río, un río que crecía y sumergía aquel extraño lugar.

Aurelio estaba ya a punto de ir a la sala de operaciones. Todo estaba listo, el ejército estaba al tanto y Lucilda estaba hablando con ellos para terminar de preparar las unidades de apoyo listas para auxiliar a los agentes de intervención cuando fuese necesario. Había hablado antes con Mario Vega,

que a primera hora cuando se disponía a partir con el Oráculo, ese pobre muchacho, hacia lo que Eva había identificado como el Sheol. La amiga o novia del Oráculo, estatus que nadie parecía tenerlo muy claro y la situación no estaba como para preguntar por esas nimiedades, era una chica muy activa, y en vista de lo preocupada que estaba por el chico, decidió tratar de ofrecerle la pequeña tarea de llevarlo en su silla de ruedas para así dejarle a él sus manos libres mientras se desplazaba. Conocía su apellido, era importante. Seguramente los padres de ella no sabrían nada. Se sentía tentado de decirle algo a la chica, pero sería inútil. Ella no se iría y no tenían tiempo para lidiar con un progenitor justamente enfadado con la situación en la que se había metido su hija.

Mario le había dicho específicamente que tuviese mucho cuidado con Lucilda. Normalmente Aurelio no tenía en cuenta los consejos de nadie que no fuese Juan el Terrible o Sariel Fausto, pero aquella vez hizo una excepción. Vega parecía ser un hombre que mostraba muy poco de su ser, y el contenido del mismo debía ser mucho más valioso de lo que sugeriría el continente. Le había ayudado bastante los días que había estado en el MARIA, y Mario estaba realmente fascinado con su trabajo. Aquella ocasión había sido la primera vez que Aurelio oía semejante cumplido, lo que quizá había podido nublar un poco su juicio. En cualquier caso, Mario Vega no era un hombre que hiciese o dijese sin saber las certezas de sus palabras o la conveniencia de sus actos. Aquel amuleto de Fénix, sin embargo, no le parecía peligroso. MARIA siempre había confirmado que era un mero recuerdo materno, y el propio Juan había comprobado más de una vez que no tenía ninguna vinculación con ninguna rama del Nuevo Edén.

Antes de que Sara le llevase a la sala de operaciones, pasó por un sitio especial para él. Siempre solía hablar con los agentes de intervención antes de cada misión si era posible. Muchas veces aquellas palabras no servían más que para rebajar la tensión o para unir un poco los lazos del grupo de cara a la misión, pero aquella vez en el vestuario masculino había un hombre distinto. Le indicó a Sara que se quedase atrás, y entró él sólo mientras ella esperaba fuera. El Terrible estaba sentado en un banco con el traje de combate, paso previo a colocarse la armadura completa.

-He llenado el botiquín de la armadura con estimulantes musculares. Engañaré a la vejez de mi cuerpo durante el suficiente tiempo como para volver a ser Juan del Temple una vez más.

-¿Estás seguro?

-Dime Aurelio, ¿Qué buscas en mis palabras? ¿Consejo?

-Afecto. Sé que decirlo tan directamente puede parecer patético pero es lo que busco. Eres como un padre para mí, Juan, aunque a veces hayamos estado más distantes, siempre has sido mi referente, junto al doctor, en todos los ámbitos.

-Para mí siempre has sido mi hijo, Marcos, siempre -respondió él sonriendo-. Desde el día que te conocí. Durante un tiempo quizá sólo quise llenar el hueco que quedó en mi corazón después de mi mujer y mi hija, pero quiero que lo sepas, eres mi hijo, Marcos, y sé feliz, ¿Me oyes? Pase lo que pase hoy, sé feliz. Si ganamos, lo celebraremos juntos. Si no, entonces vete a la playa más lejana del mundo y disfruta del tiempo que tengas.

-Vamos a ganar, Juan, estoy convencido.

-No se trata de derrotarlos únicamente. Los demonios de este mundo no terminan en el Firewall 666,66, hay mucho más que purgar, mucho más que nos corrompe, que nos vuelve débiles y nos convierte en esclavos.

-¿Acaso también piensas derrotarlos?

-No. A partir de mañana no se tratará de matar demonios, Marcos, se tratará de ser ángeles. Esa es la única certeza que tengo ahora y puede que la única que haya tenido a lo largo de mi vida. Tienes mi afecto Marcos, si es eso lo que has venido a buscar. Si no era eso, entonces pide y te lo daré.

-Buena suerte Juan. Nos volveremos a ver, te lo prometo.

Eva y Doncella estaban en el vestuario, en el último paso antes de ponerse la armadura de combate. Doncella después de todo el proceso que tan rutinariamente solía realizar, se quedó pensativa

encima de uno de los bancos. Eva quedó realmente sorprendida al ver aquella imagen, y decidió tratar de hablar con ella.

-¿Dudas? -preguntó Eva-

-Yo nunca dudo, deberías saberlo.

-Él estará con nosotros, a nuestro lado. Supongo que era algo que anhelabas, ¿Verdad?

-Sí, lo cierto es que sí. Siempre he tenido una gran devoción por el Terrible, por todo lo que sacrificó para tratar de llevar algo de seguridad al mundo. ¿Es reprochable tratar de entrar en comunión con su sacrificio?

-No. Tu actitud es admirable, Doncella. Te envidio, ojalá pudiese ser cómo tú. Quizá hubieses sido mejor líder de unidad que yo.

-No, jefa. En eso te equivocas, tú fuiste siempre la elección correcta. Mírame, traté de comprender al Terrible, al alma que nos trata de salvar del abismo, y he acabado tan consumida como ella. No soy más que mis músculos, mi armadura y un inmortal instinto de lucha. Soy un instrumento, en eso me he convertido. No sería una buena líder como tú lo has sido. Y agradezco tenerte a mi lado en el día de hoy, Eva.

-Ojalá fuésemos más. No los olvidaremos.

-No, somos sus fantasmas vivientes. Somos sus espíritus de la venganza. Mientras nosotras vivamos, el mundo no habrá pronunciado la última frase en la que se nombre a Arancel, a Rafael, a Umbra, a Osiris, a Ares o Valquiria.

Mentiría si dijese que soy distinta, mentiría si dijese que todo lo hice fue por ser distinta, por ser una de Destino, por ser una de las elegidas de Juan. Y en aquel momento me consideraba una elegida de Juan, al final Eva había alcanzado a comprender a Doncella. El proceso había sido sutil, parecido al de acostumbrarse a un cambio de temperatura. Si hubiese vivido Rafael, Gabriel, incluso el doctor, creo que no hubiese pasado. Mi enfermedad no es más que una mera fracción de lo que tuvieron que vivir ellos, y aun así siento que me faltan las fuerzas para todo. Noto a Juan cambiado, pero aun así con sólo posar la mirada sobre él recupero fuerzas. Sé que él no lo deseaba así, y cada vez que me mira puedo leer en sus ojos cómo me pide perdón. “No estabas destinada a ser así” creo que es lo que piensa. Yo tampoco lo deseaba, pero es lo que ha ocurrido. No me puedo negar a mí misma, no puedo negar lo que ya soy. A veces miro algunas de las fotos que tengo de Gabriel. Apenas tenemos un par de fotos juntos, no tuvimos mucho tiempo para hacernos más. No ha pasado mucho desde su muerte, pero ya sé que lo voy a echar de menos toda la vida, incluso echo de menos a esa voz confusa que decía ser él y que aparecía en mi mente. Suena estúpido, lo sé, pero siento que podríamos haber llegado a estar toda la vida juntos. Cada vez que miro sus fotos tengo ganas de llorar, y luego sonrío. Sé muy bien por qué lloro, pero no alcanzo a comprender por qué sonrío. Quizá no sea más que una de esas cosas que han empezado a crecer dentro de mí y que no controlo ni conozco. Quizá realmente sea el Rey Carmesí, quizá sea el Rey Carmesí y sonrío porque he ganado.

-Dime una última cosa, jefa. ¿Si caemos hoy que será de nosotras? ¿Si cae Juan quién le pondrá flores a su tumba?

-No te voy a negar la verdad, y es que estamos en el camino a la muerte. El camino es ancho y es imposible no pasar por él. Cada día que pasa no es más que un poco menos en nuestra cita con nuestro, tanto para nosotros como para el resto del mundo, ¿Y sabes cuál es la diferencia? Que mientras el resto del mundo se dedica a correr inútilmente en la otra dirección, nosotras miramos a nuestro destino fijamente a la cara y corremos en embestida a enfrentarnos a ello. ¿Qué será de nosotras más allá de él? Toma tu cruz y ven conmigo más allá a descubrirlo.

-Por Gabriel -respondió Doncella tomando la mano que le había ofrecido Eva-, y por todos.

-¿No te parece magnífico este lugar? -dijo Felicia-. ¿Es este el lugar que anhelabas ver?

-Así es -respondió Jorge-, he visto esto antes. He visto sus galerías, sus pasillos, sus habitaciones.

Debía venir aquí, lo noto.

-Las voces de las que hablabas, ¿Dices que venían de aquí?

-Sí, son fuertes, las oigo. Quiero ir, quiero ir al origen, quiero saber de dónde vienen.

Mario llevaba un rato escuchando por detrás. Había dejado a Jorge a su aire dentro de aquel lugar, pero no se había alejado mucho. Había entablado conversación con un par de hombres más, pero había hecho poco más que repetir los mantras que había llevado aprendidos desde casa. Estaba asustado de oír las cosas que decía Jorge con aquella chica. No se sentía con autoridad ni con seguridad para parar su conversación o para siquiera interrumpirla. No sabía exactamente cuánto pasaría hasta que el Terrible y el Rey Carmesí lanzasen la última embestida, pero necesitaba al joven en plenas capacidades para cuando llegase el momento. La otra joven, Sara Rami, tendría que haber venido con él. En aquella situación, sólo confiaba en el poder de las feromonas femeninas para recordarle a Jorge a quién se supone que tenía que escuchar.

-Todo está en posición -dijo John Naic por el intercomunicador-. Sinceramente, deseo que tus predicciones sean acertadas, porque estamos completamente indefensos ante cualquier ofensiva que realizase ahora mismo el Nuevo Edén entre Zaragoza y París.

-Están todos aquí, es el momento, Naic -respondió el Terrible enfundado en su armadura-. En el momento en el que consigamos entrar a la Tripa de la Bestia, habremos vencido.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Si tuviesen un baluarte lo suficientemente fuerte como para resistir una ofensiva desde dentro no se habrían escondido tan bien.

-Confío en tu palabra. Tienes autorización casi constitucional para matar. Cuando veas al Rey Carmesí, ¿Qué harás?

-Lo mismo que harías tú. Exigirle mi mundo de vuelta.

-Muy ciertas son tus palabras. Esta es la última vez que hablamos. Que cumplas aquello que has ido a buscar.

-Aurelio dirige la sala de operaciones, estate en contacto con él.

-Así lo haremos.

-Agentes Eva y Doncella -dijo el Terrible por el intercomunicador-, ¿Me recibís? Aquí el Jefe de la Unidad 8.

-Recibido -respondieron ambas al unísono-.

-Nos desplegarán desde el aire, supongo que al tejado de alguno de los rascacielos donde se han comenzado a ver grupos de paramilitares. Respecto a la población civil... Los que han podido huir o ser evacuados ya lo han sido. No es nuestra prioridad salvar una vida hoy, sino salvar todas las de mañana.

-Entiendo -dijo Doncella con un pequeño hilo de voz-

-¿Tendremos apoyo? -preguntó Eva-

-Todo el que Naic nos haya podido conseguir. Tenemos tanto a las fuerzas especiales al otro lado del barrio como a una división de infantería y blindados fuera. Por no hablar de todas las tropas desplegadas por la ciudad. No te preocupes, Eva, no estamos solos. Sea Dios o el diablo, hoy vamos acompañados.

Un piloto rojo se encendió, y la compuerta del helicóptero de combate se abrió. Aquel era el lugar al que más lejos se podría llegar a la Tripa de la Bestia en aire. Los tres agentes de intervención consiguieron llegar a la azotea del edificio sin problemas, pero a los pocos segundos el sonido de las balas comenzó a resonar en sus oídos.

-¡Detrás de mí! ¡Todo el rato! -gritó el Terrible-.

Ninguna de las dos hizo cuestionó aquel comentario y comenzaron a seguirle unos metros detrás

mientras comenzaba la bajada del edificio por la fachada mientras utilizaba su mochila a reacción. Eva sabía que Juan había tomado una cantidad irrisoria de estimulantes musculares y refuerzos óseos, pero verlo así, en plena acción, era un espectáculo muy distinto al ver a cualquiera de ellos. Aquel era un hombre que se enfrentaba a su destino después de más de dos décadas, era un hombre completamente decidido a acabar su tarea, y que no dudaba en su segundo en sus movimientos. Sus gestos, sus maneras y su actitud en combate le recordaron a ambas a Nero, cuando este aún lideraba la unidad 7.

Nunca habían visto a tantos sectarios, y Eva se sintió consolada de tener únicamente que avanzar y de no tener que entablar ningún combate que no fuese estrictamente necesario. Y sin embargo, estaba convencida de que en aquel momento podían derrotar a cualquier adversario. El Terrible apuntaba y disparaba con una facilidad pasmosa y abría huecos donde los militares habían estado más de una hora combatiendo. Sin embargo, a medida que se acercaban al río, el fuego comenzó a aparecer y los soldados del ejército y del Nuevo Edén se comenzaban a confundir, sus uniformes se fundían. Era difícil distinguir entre amigo y enemigo, entre lo que se consumía por el fuego y las cenizas que nacían de él.

En el centro de mando de Destino Aurelio gobernaba la situación desde su silla de ruedas, comprobando a cada momento el estado de todas las unidades del gobierno y de la unidad 8. El fuego se extendía por la ciudad, y había poco que hacer respecto a eso. Las crecidas del río habían inundado la zona en la que se suponía que estaba su objetivo, pero por ahora todo entraba dentro de lo planeado. La ciudad sólo debía de aguantar hasta que la unidad 8 llegase a su destino, una vez allí, el ejército podría retirarse.

-¿Seguro que no molesto? Quizá debería irme -preguntó Rami-.
-No, quédate -respondió Aurelio-. Me vendrás bien si necesito moverme.

Sara Rami, que ya se había acostumbrado a llevar a Aurelio a todas partes, se había quedado junto a él en aquel instante. Estaba desorientada, y no sabía bien que hacer. Aunque en aquella posición no se sentía especialmente cómoda, la autoridad que Aurelio había fabricado sobre ella había sido suficiente para retenerla. Además, estaba muy nerviosa por Jorge y desde aquel lugar sentía, aunque sólo fuese una ilusión, que estaba haciendo algo por él.

-Los incendios se han propagado por un tercio de la ciudad -dijo un técnico-.
-¿Dónde se encuentra la unidad 8? -preguntó Aurelio-.
-En teoría han pasado la peor parte. Sabemos de divisiones sectarias que les esperan antes de cruzar,
-¿Situación del ejército?
-Están manteniendo a los sectarios y tenemos dos batallones de soldados custodiando nuestro edificio, pero no paran de llegar más y más sectarios. Señor, creo que deberíamos activar el MARIA, aún con los riegos, no tenemos ninguna información táctica lo suficientemente valiosa que proteger, comparado con todo lo que podemos ganar.
-Su última orden fue que no la activásemos, que la sellásemos hasta el fin de los tiempos. Eso haremos. Seguid manteniendo comunicaciones, y avisaremos a Naic cuando hayan cruzado el río para que se retiren a esta parte de la ciudad.

-¿Cómo está Jorge? -preguntó en voz baja Sara-.
-No te preocupes por él -le respondió Aurelio-. Las personas con un destino tan marcado nunca pierden: o se dejan caer por las tentaciones, y entonces llevan una vida de gozo y alegría, o se mantienen en el camino recto, y disfrutan de la sensación del deber cumplido. No, señorita Rami, no te preocupes por él, preocúpate por aquellos que tienen un destino que no depende de ellos mismos. Preocúpate por nosotros.

Liliana siguió junto a Doncella el ritmo del Terrible. Recordaba las palabras de Rafael, diciéndole que debía recordar a alguien mientras se enfundaba la armadura, que debía permanecer humana. En aquel momento aquellas palabras eran completamente faltas de significado. El Terrible hacía honor a su nombre, y ella se sentía orgullosa de ser su retaguardia. Se le hinchaba el pecho de orgullo con cada gota de sudor y con cada obstáculo que avanzaban. La sangre comenzaba a manchar su immaculado aspecto, pero le daba igual, ya no era una persona normal, era una guerrera, desde el primer hueso al último músculo, y aquel era el día del Armagedón.

Ya podía vislumbrar la parte inundada, no en el horizonte sino casi a nivel del suelo, ya podía sentir el final de su trayecto. Doncella y Eva dispararon a los lados, y el Terrible volvió a lanzarse hacia delante, habían pasado otro edificio.

Algo les paró. Habían llegado al último edificio, y a partir de aquel momento avanzar iba a ser difícil. Habría que bucear hasta la bolsa de oxígeno que sospechaban que utilizaban los sectarios, pero no era por ello por lo que el Terrible se había parado. En vez de saltar, como ambas esperaban que hiciese, bajó lentamente del edificio amortiguando la caída con la mochila a reacción, y quedó parado en el suelo.

-Bajad -dijo el Terrible-. Haced lo mismo que he hecho yo.

Ambas acataron la orden de inmediato y se colocaron a su lado.

-¿Qué ocurre? -preguntó Liliana-.

-¿No lo oyes? -preguntó Juan-.

-No.

-Efectivamente, aquí no hay nadie, ni nuestros ni suyos. Excepto nosotros.

-¿Lo hemos dejado atrás? -preguntó Doncella-.

-No -dijo Juan-. No exactamente. ¡Aurelio! ¿Me recibes?

No hubo respuesta.

-Los hemos perdido, ¡Maldita sea! -gritó Aurelio desde la sala de control-. Poned a todo el que tenga algo que aportar a trabajar en las malditas telecomunicaciones. Decidle al ejército que han puesto disruptores de señal.

-No podemos, señor -dijo el técnico encargado-. El ejército tampoco responde.

-¿Cómo? Que alguien compruebe uno a uno todos los circuitos que haya que comprobar.

¡Aseguraos de que no han saboteado ninguno de nuestros circuitos!

-Aquí John Naic -oyó Eva por su retransmisor-. Hemos detectado interferencias en la señal con la unidad 8, procedemos con el protocolo de emergencia. Necesitaremos 24 minutos para llevar una unidad en condiciones para ayudarlos.

-¡Es Naic! -dijo Eva-. ¡Sabe de nuestra situación!

-Olvídate de Naic ahora mismo -dijo Juan-.

-Mira al frente -dijo Doncella en voz baja-.

Dos figuras salieron de la masa de agua que tenían delante de ellos. Durante unos breves momentos, pareció que levitaban por el aire hasta colocarse grácilmente encima del mismo suelo en el que estaba la unidad 8, apenas a unos pocos metros de ellos. Aquellos dos seres estaban compuestos por una extraña armadura que ocultaba cualquier rastro de humanidad de sus portadores, que parecía estar compuesta por una sustancia parecida al moho de la máquina orgánica. Esta estaba decorada con una serie de ojos que la cubrían por todo el pecho y con una serpiente dibujada cerca del cuello.

“¡Gloria al Alfa Profana! ¡Contemplad la resurrección del hombre hijos del mismo pecado!”

Fue lo que gritaron ambos al unísono. Una vez hubo acabado aquella especie de ritual, los Serafines del Nuevo Edén se abalanzaron súbitamente sobre la unidad 8. Juan rechazó la embestida de uno de ellos parando su lanza con una especie de espada que había sacado de un compartimento de su traje que Eva no tenía. El otro Serafín había ido a por Doncella, que no había conseguido esquivar el golpe completamente. Eva acudió en su ayuda, pero aquel extraño ser parecía ser suficiente para combatir a ambas.

Desconocía por qué portaba una lanza en vez de llevar un arma de fuego, pero lo cierto es que a aquella distancia y con la endiablada velocidad de la que disponían, pensar en otra arma más apropiada le era complicado. El Serafín golpeó con fuerza a Doncella y a continuación se centró en Eva, que trató de usar su mochila para contrarrestar la rapidez de su adversario. Doncella, aun estando duramente dolorida trató de disparar a dicho Serafín, pero ni siquiera era capaz de dar por equivocación a Eva en cuanto ambos ganaron velocidad y altura.

A pesar de que su táctica parecía estar dando algo de resultado, Eva estaba agotando todas sus fuerzas con una rapidez pasmosa y su adversario no paraba de lanzar acometidas cada vez más cercanas a ella. Había conseguido acertarle algunos disparos en el hombro, pero no fue capaz de provocarle el más mínimo daño. Entonces, uno de sus saltos falló, no pudo agarrar bien un saliente, y su cuerpo se precipitó al vacío. Volvió a tener la misma sensación que el día que murió el doctor Sariel Fausto. Notó cómo sus sentidos se iban y cómo poco a poco su conciencia se hacía menos pesada. Había una lanza encima de ella, una lanza que estaba a punto de ser clavada en su carne, como en su primera visión...

Entonces Doncella acertó. Un potente disparo sacudió el cuerpo del Serafín que cambió de dirección y no pudo rematarla. Aun así la caída fue fuerte. Le dolía muchísimo una pierna, la misma pierna que aquella vez. Probablemente se habría roto algún hueso, pero tenía que levantarse. Si no lo hacía, estaba muerta. En cuanto se levantó vio cómo se enzarzaban en lucha cuerpo a cuerpo Doncella y el Serafín. Ella era realmente fuerte, pero sus gritos indicaban como tenía que hacer un esfuerzo exagerado, no para doblegar la fuerza física del Serafín, sino para poder contenerla en un breve espacio de tiempo. Entonces aquel ser la mordió. Le clavó su extraña dentadura en un hombro y atravesó la armadura como si no fuese nada. El grito de Doncella fue desgarrador en ese mismo instante. Eva miró al Terrible: había conseguido mantener las tornas igualadas en la batalla, pero estaba convencida de que iba a sufrir el mismo final.

Entonces sus pelos se erizaron y sus ojos por un instante se pusieron en blanco.

“Rafael esquivó con facilidad la embestida del primero de los tres Serafines. No quedaba ningún miembro más de su unidad cerca, y la retirada no era una posibilidad. Los tres Serafines empezaron sus embestidas como cuervos, rodeándolo, atacando por turnos, como dándole por muerto.

Rafael dejó que una de las embestidas le impactara de forma menor, y esta le dejó una raja en el brazo izquierdo. El siguiente Serafín, comprendiendo que este estaba siendo abandonado por sus fuerzas, se lanzó, no cómo en las anteriores ocasiones, tanteándole, sino buscando con su lanza el final de su oponente. A unos pocos segundos del impacto, Rafael activó su mochila a reacción y evitó la acometida del Serafín, a su vez golpeando con fuerza al otro que se retiraba. Aprovechó los pocos instantes que le tomaron al Serafín recuperarse para coger con una mano la lanza que portaban.

En ese mismo instante la estructura de combate que habían tenido hasta ese momento se

desvaneció, y los tres combatientes se lanzaron en picado contra Rafael, dos de ellos con sus lanzas, y el tercero abriendo la boca salvajemente, como si fuera a devorarlo. Este respondió con un disparo certero a la muñeca que sujetaba el arma de uno de los dos aún armados, y bloqueando la acometida del otro mientras el tercero fallaba en su intento de alcanzarles. Entonces el tiempo pareció pararse para Rafael, y la rapidez de sus adversarios se convirtió en banal torpeza frente a la elegancia de sus movimientos.

Antes de que pudiesen reaccionar, Rafael clavó en el pecho de uno de ellos la lanza que había extraído. Usando un cuchillo y utilizando el impulso que le daba la mochila, se lanzó en pleno aire a por el segundo Serafín mientras este se lanzaba a por él, y terminó con su vida. Cayó grácilmente al suelo, y recuperó su escopeta, que había perdido en los primeros lances del combate. Se dio la vuelta y disparó a quemarropa al último de ellos. Los Serafines del Nuevo Edén habían sido vencidos.”

Eva volvió en sí. El Terrible estaba en el suelo, había caído en uno de sus embates con el Serafín, y este podía contemplar próxima su victoria. Doncella había caído al suelo, sangrando sin control y retorciéndose de dolor. Eva no estaba segura de que debía hacer, pero decidió guiarse por lo que había visto, y recordó todos los movimientos que había hecho Rafael. Se lanzó con el impulso de su mochila a reacción y placó en el aire al Serafín que se disponía a rematar al Terrible. La caída fue realmente mala, y la pierna le estaba ardiendo de dolor. El Serafín se recuperó rápidamente, y volvió a coger su lanza. Eva ignorando el dolor que le llegaba del nervio, dejó que le golpease ligeramente, y una pequeña herida se abrió en su cara. Cuando el Serafín paró, dispuesto a volver para rematar a su rival, paró un instante para contemplar la cara de Eva. Hizo un ruido extraño, aterrador, ella pensó que aquel ser se estaba riendo o algo parecido, disfrutando de la victoria que veía obvia en sus ojos. En cuanto el ser, lleno de confianza en su fuerza física sobre la de Eva cargó contra ella, no cargó sólo, sino que el segundo de ellos, libre ya de Doncella, iba por detrás y más rápido que el primero. Eva esquivó el primero...

El segundo quedó quieto, con una espada atravesándole el pecho. No sangraba, había quedado quieto, como si su cuerpo hubiese sido incapaz de reaccionar de ninguna forma frente a la respuesta del Terrible. Este retorció la espada para asegurarse de que cumplía su cometido, y después la extrajo, cayendo aquel extraño ser a sus pies, completamente inerte. En el mismo momento en el que esto sucedió, Eva cayó al suelo, fruto de la sensación de alivio y el dolor en su pierna. El Terrible soltó un grito, y con espada en mano, corrió hacia el último Serafín.

El Terrible por un momento parecía tener la misma agilidad y la misma fuerza que la que Rafael había lucido en su visión. Por mucho que se adelantase el Serafín, el Terrible siempre parecía tener el control de aquel combate, pero había visto antes lo que había pasado. No se podía fiar. Cogió la escopeta del cinto que había dejado Doncella en el suelo y preparó su tiro, esperando a que el Terrible y el Serafín volvieran a acercarse a ella. En cuanto se acercó volvió a oír el mismo sonido que había oído cuando el Serafín se preparaba para ensartarla unos momentos, sólo que aquella vez era ella la que reía. Vacío todo el cargador en aquel ser, cuando terminó, ni siquiera pudo acercarse para comprobar qué es lo que era aquel ser. Su cadáver parecía indicar que aquella una vez había sido humano, pero no quiso saber más de él.

El Terrible, una vez acabado el combate, no pudo sino exhalar profundamente. Miró a Doncella. Estaba muerta en un charco de sangre.

-Debemos continuar -dijo el Terrible-. Estamos muy cerca. Por desgracia, no podemos hacer nada por ella ahora.

-¿Y el ejército? -preguntó Eva-. ¿Qué pasa con los refuerzos?

-Mierda. No los veo.

-Estoy recuperando las comunicaciones. Creo que oigo la voz de Aurelio en el intercomunicador.
-¿Sí? Creo que yo también. ¿Aurelio? -dijo por el intercomunicador-. ¿Aurelio me oyes?
-¡Gracias al cielo! -la voz de Aurelio sonaba por el intercomunicador-. ¿Qué ha ocurrido?
-Hemos vencido a dos Profetas del Nuevo Edén. Nos dirigimos a la Tripa de la Bestia. ¿Está el chico y Vega dentro?
-Deberían estar de acuerdo según el plan.
-Hemos tenido una baja, Doncella.
-Entiendo. ¿Sabéis algo del último Serafín?
-Aquí sólo había dos. Seguimos avanzando en cualquier caso.
-Os mantendremos monitorizados. La ciudad comienza a arder poco a poco. Si no llegáis pronto a vuestro destino el fuego os acorralará.
-Un momento... -dijo Liliana-. ¡Juan! ¡Si no están aquí! ¡Si no están aquí dónde están ellos!
¡Adónde han ido! ¡Dónde está el ejército! No los pueden haber derrotado, no tienen medios suficientes, han ido a otra parte.
-¡Mierda! ¡Aurelio! ¿Tienes la localización de los batallones de refuerzo del ejército?
-Negativo. ¿No han llegado a vuestra posición? No podemos contactar con ellos.
-Aurelio, nosotros vamos a la Tripa de la Bestia. Ha sido un placer compartir todos los momentos que hemos compartido, y agradezco con todo lo que tengo de alma los servicios prestados por todos los presentes en tu sala, y de aquellos que ya no pueden estar. Ahora, activa todos los protocolos de seguridad. Van a entrar, ¿Me oyes? El ejército nos la ha jugado. Van a tomar Destino. Activa todo lo que tengas. ¡Todo!

Eva y el Terrible se sumergieron en la masa de agua que tenían delante y nadaron hacia el lugar que había marcado Alejo en el mapa de la ciudad.

-¡Rami! -gritó Aurelio-. ¡Rami! ¡Llévame!
-¿Qué ocurre?
-Lo han conseguido, han entrado en la guarida del Rey Carmesí.
-¿Y qué va a ocurrir ahora?
-Que ponemos alerta de ataque inminente.

Aurelio pulsó un botón en el panel de mandos que llevaba acoplado a su silla de ruedas y un ruido ensordecedor de alarma se activó por todo el edificio.

-¿Adónde vamos? -preguntó Rami-.
-Al ascensor central -respondió Marcos-. Todo lo rápido que puedas.

Sara no hizo más preguntas y llevando a Aurelio comenzó a correr por el amplio pasillo que comunicaba el ascensor con la sala de mandos. Había gente corriendo hacia todas las direcciones, algunos de ellos ya llevaban un arma en la mano. Sara sabía que mucha gente había vuelto a Destino para cumplir aquella misión, pero aquello, aún con el caos reinante, era mucha gente armada. No sabía muy bien que pensar, no sabía cómo acabaría todo aquello, así que siguió corriendo.

-¡A todo el mundo! -gritaba Aurelio por el intercomunicador-. ¡Estamos bajo estado de alarma máximo! ¡El ejército pretende tomar Destino! ¡Debemos aguantar todo lo que podamos!
-¿Cuándo van a llegar? -preguntó Sara mientras corría-.
-No lo sé. El edificio tiene protocolos de seguridad muy avanzados y un armazón prácticamente indestructible. Sin nadie de dentro que les abra, no podrán entrar fácilmente.
-¿Tenemos alguna forma de escapar?
-No lo sé. Pero da igual, ese no es mi plan.
-¿Qué pretendes hacer?

-Hay que llegar al MARIA. Sea o no el Firewall 666,66 el que opera realmente bajo ella, sabemos que no le gusta el gobierno.
-¿Y no tienen a nadie dentro?
-Un momento... Joder ¿Dónde está Lucilda?
-¿Qué?
-¿Dónde está Lucilda? ¿Dónde está Lucilda Borja?
-No lo sé. ¿No es la jefa de seguridad?
-¡Trabaja para el gobierno, Rami! ¡Joder! ¡Tenemos que buscarla!

Apenas hubo Aurelio terminado de pronunciar su frase, una voz se oyó por el altavoz. Era una voz conocida.

“Lo siento. Pero los secretos que aquí se guardan no pueden quedar únicamente al cuidado de unos pocos, y menos de seres que han demostrado ser tan poco capaces y tan poco responsables como el llamado Juan el Terrible. MARIA, el Nuevo Edén... Ambos poseen cosas mágicas, fabulosas, cosas que llenarían de vida el mundo. No puedo permitir que destruyáis el mundo en una lucha eterna cuando hay miles de personas que nunca han visto nada al sur del río Ebro y que se mueren de hambre en las calles. Lo siento, pero es lo mejor, para nosotros, para toda la nación y lo hago por todo en lo que creo”

De repente todas las luces se apagaron durante unos segundos. Cuando se volvieron a encender, no había ninguna señal del estado de alarma.

-No, Lucilda -dijo Aurelio mientras una y otra vez pulsaba el botón para intentar reactivar el estado de alarma máxima-. ¡Lucilda! ¡Lucilda no nos mates a todos! ¡Lucilda!
-¿Adónde voy ahora? -preguntó Sara-
-Ve a algún lugar secundario, a las habitaciones de huéspedes, en el piso de abajo, tírame por las escaleras si hace falta, pero llévanos.

En cuanto consiguieron bajar el piso, oyó una explosión que parecía provenir de la sala de control. No se detuvieron, y Sara estaba demasiado nerviosa para mirar atrás. Estaba concentrada únicamente en llegar al sitio que pensaban llegar, y una vez allí... Confiaría en Aurelio, no tenía ninguna otra oportunidad.

Jorge siguió bajando con esa chica, cada vez más y más. Mario no sabía adónde estaban yendo, pero estaban muy dentro de la estructura, y ambos tendrían que reunirse con la unidad 8 en unos pocos minutos. Cada vez se estaba asustando más. La chica seguía hablando y hablando, Mario no entendía de qué, pero Jorge ya no respondía fluidamente, ya no parecía estar interesado en la conversación, estaba escuchando otra cosa. Estaba absolutamente fascinado.

Mario los seguía, ya sin disimulo alguno, puesto que en aquellos lugares no había nadie más, ni siquiera para decirles que no podían estar en aquel sitio. Entonces, la chica le condujo hasta una especie de salón, era enorme y profusamente decorado. No faltaban ni los símbolos del Fénix, ni los símbolos del Rey Carmesí, pero había algo más, era un símbolo negro, completamente negro. Estaba colocado encima de un gran portón, y aunque Mario Vega nunca había visto aquel símbolo, pudo descifrar fácilmente su significado: la Biblia Negra.

Jorge se paró de repente, y miró fijamente a la chica.

-He oído las voces -dijo Jorge-, he escuchado los cantos. Este es el lugar, ¿Verdad? Más allá de esa puerta está el Rey Carmesí, me ha traído hasta aquí, a la Corte del Rey Carmesí.
-Aquí es donde perteneces. Aquí es donde está tu señor.

-Felicia, tú eres el Fénix ¿Verdad? Eras una niña abandonada, sin ningún futuro, y ahora estás en la Corte del Rey Carmesí, en la semilla del Nuevo Edén. Hablando con sus palabras, esperando el renacer. ¿No es cierto?

-Así se puede ver. Soy un símbolo de su bondad.

-¿Mario?

-Sí, chaval ¿Qué ocurre?

-Detrás de esa puerta aguardan todos los misterios que hemos venido a buscar. El Rey Carmesí, su Biblia Negra y el Firewall 666,66. ¿Recuerdas el camino de vuelta?

-Por supuesto.

-Vuelve a por la unidad 8 y tráelos aquí, es adónde quieren ir.

Una vez Mario se fue, Jorge la besó en la mejilla. Lo hizo de forma muy delicada y dulce, tanto, que Felicia creyó por un momento que a continuación le daría otro en los labios, pero no fue así. La cara de ella quedó completamente marcada por una sincera mueca de asombro.

-Esto es bondad, Felicia. ¿Acaso él te besa? ¿Acaso te acaricia? ¿Acaso notas como te abraza? Te he besado y te sorprendes, Felicia, porque no conoces el amor, porque no conoces la bondad.

-Pero yo...

-Siento pena por ti, por tu sufrimiento. Gracias por enseñarme el camino, incluso aunque no fuese con este propósito. Sé que es tentador, sé que fácil, y sé que puede parecer correcto, pero báñate sólo en la luz verdadera.

-¿Y cuál es esa luz?

Jorge vio que en el salón también había instrumentos: había una especie de cítara, parecida al instrumento que tocaba Uriel Lucanor, y comenzó a tocar aquella canción que solía tocar el músico y que tanto le había fascinado y que tan lejos le había llevado.

Lucilda llevaba una pistola con su mano izquierda, mientras que con la derecha sujetaba el colgante que llevaba puesto. El peso que llevaba en aquel momento en la conciencia enorme, y ni siquiera la cantidad de ruido de disparos que había a su alrededor podría callarlo. Lo único que le daba un poco de calma era el recuerdo de su madre, de saber que su muerte, al igual que la de todos aquellos que habían muerto en las muchas tragedias ambientales que había sufrido Europa. Su madre durante sus últimos años de vida, había agarrado aquel colgante y se había encomendado a él buscando una solución para su familia. Por fortuna, aquello nunca lo había hecho en público, y por tanto, nadie la había relacionado nunca con la fe del Nuevo Edén. Desconocía hasta qué punto su madre se había confiado a la palabra del Rey Carmesí y a la Biblia Negra, y quizá aquel recuerdo no era el más significativo posible de ella, pero sí que era el único que tenía.

Se recordaba una y otra vez que esto lo hacía por su madre, para evitar que tragedias como la de Utopía volviesen a suceder. Destino había sido su casa durante bastante tiempo, pero no por ello había dejado de ser una casa de locos. El MARIA era algo demasiado poderoso como para que fuese el Terrible su guardián una vez el Nuevo Edén estuviese acabado. Y entonces todo volvería a estar en paz, y ella podría descansar. Ahora, sin embargo, quedaba la parte más difícil. Aún recordaba cómo era el rastro que dejaba la silla de ruedas de Aurelio, debido a la goma desgastada que usaba. Aquel rastro era muy fino y probablemente hubiese sido imperceptible para cualquiera que no hubiese sido ella, por eso aquello sólo lo podía hacer ella misma.

Necesitaban a Aurelio para poder entrar con garantías al sistema MARIA. Desafortunadamente para ella, había muchos mecanismos de seguridad para acceder la sala central del MARIA que desconocía y tampoco estaba segura de cuál era el método adecuado para acceder a ella por sí sola. Además, un sistema así necesitaba de personal experto, y eso le implicaba necesariamente a él, aunque fuese por poco tiempo. Estaba en una de las habitaciones del personal. Lo único que había

sido capaz de hacer era esconderse burdamente. Los sonidos de disparos empezaban a silenciarse, pronto el edificio pasaría a estar bajo el control del gobierno. Lucilda exhaló por última vez, y pensó en todo lo que había dejado atrás y en quienes estaba traicionando en aquel momento, pero volvió a agarrar el amuleto y a repetirse que aquello era lo correcto.

Entonces abrió la puerta. Cómo esperaba, estaba Aurelio, pero había alguien más, una chica joven. La conocía de vista, era la amiga de ese al que Aurelio se refería como el Oráculo.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Aurelio-

-Estoy haciendo aquello que debo, Marcos -dijo ella-. Lo siento.

-¿Qué es lo que sientes más? ¿Toda la gente que ha muerto hoy aquí? ¿Toda la gente a la que Naic piensa matar? Al menos ten la decencia de dejarla marchar a ella -dijo Marcos señalando a Sara que estaba en la cama tumbada y en estado de shock.

-¿Sabes por qué hago lo que hago? Ni tú ni el Terrible sois los guardianes más adecuados para los secretos que se hayan aquí y en el Nuevo Edén. Esos secretos pertenecen a todo el mundo, no deberían ser secretos para nadie. Y sé que vosotros nunca aceptaríais, aunque tuvieseis que llevaros el mundo con vosotros en vuestra postura.

-¿Cómo puedes decir eso? ¡Gobiernos! ¡Gobiernos! Estoy harto de los gobiernos, ¡De todos ellos! ¿Representan a la gente? ¡Pues yo soy la gente! ¿Ves que el arma que me apunta me represente? ¿Qué la represente a ella? ¡Estamos cerca de del fin del Nuevo Edén! ¡¿Cómo puedes hacer esto ahora?!

-El gobierno ha estado cerca de su fin varias veces, pero nunca había tenido la posibilidad de derrotar al mismo tiempo a ambas organizaciones. No lo entiendes, ¿Verdad? ¿Qué diferencia hay entre Destino y el Nuevo Edén? ¿Qué diferencia hay entre un agente de intervención y un Serafín del Nuevo Edén? Habéis causado un dolor comparable al de vuestro enemigo.

-¿Nosotros? ¡Estás invadiendo un edificio con un batallón de soldados! ¡¡Condenas el mundo con tus actos, Lucilda! ¿Y si John Naic es el Rey Carmesí? ¿Y si tú no eres más que una marioneta del Firewall 666,66? Tú siempre has creído esas cosas, ¿Verdad? Pues ahora yo también, son reales, y están detrás de ti, detrás de todos nosotros.

-El Rey Carmesí no existe, nunca ha existido. No es más que un alias sin sentido, utilizado en algún momento por algún fanático con ansias de poder, pero nada más. Hemos estudiado la lista de Gabriel, todos los posibles perfiles, ninguno cumple todos los requisitos, y muchos de ellos presentan datos que serían contradictorios si de verdad hubiesen estado dirigiendo esa secta.

-¡Mientes!

-Soy una mujer de estado, te lo dije hace mucho ¿Recuerdas? Eran tiempos mejores, Gabriel vivía y tú y yo éramos felices a nuestro modo.

-¿Qué estás diciendo?

-Ven conmigo al MARIA. El gobierno necesita los datos que sólo tú le puedes proporcionar.

-Sabes que no haré eso nunca.

-Ven.

-Sabes que no traicionaré a Juan, y que no traicionaré al doctor y su legado.

-¿A qué costo? -dijo Lucilda, que pasó a apuntar a Sara Rami-

-¿Qué estás haciendo Lucilda?

-He dicho antes que llevarías el mundo contigo al abismo para mantener tu posición. Demuéstrame que estoy equivocada. Ven conmigo, y permíteme que ella salga con vida.

-No puedes estar diciendo eso... Hemos estado juntos desde el mismo momento en el que te contrataron aquí, hemos compartido mil momentos y hemos luchado por lo mismo.

-Parece que no estábamos luchando por la misma razón. Ven

-No puedo, y sabes por qué.

-Voy a contar hasta tres. Tres...

-No eres una asesina de niñas, por favor Lucilda.

-2... 1...

Se oyeron en la habitación dos disparos seguidos, a Aurelio los oídos le ardieron del dolor provocado por el ruido y cerró los ojos por reflejo. Cuando los abrió miró a Sara. Tenía la cara petrificada del terror y se había levantado, como si la muerte inminente la hubiese despertado. Lucilda yacía en el suelo con un charco de sangre al lado de ella. Umbra apareció detrás de ella, vestida con un uniforme militar. Miró fijamente a Aurelio y a Sara, y a continuación hizo lo propio con Lucilda.

-¿Estáis bien?

-No puede ser... -dijo Aurelio-. ¡Estabas muerta!

-Desaparecida en combate. Después de los relámpagos me oculté deliberadamente.

-¿Por qué?

-Porque vi este momento en el MARIA, gracias a los conocimientos que me diste. Tenemos que volver a activarla.

-Joder... -dijo mirando a Lucilda en el suelo-. No tenemos tiempo para explicaciones ni para comprender nada ¿Verdad? No podemos bajar, controlan el ascensor.

-Destino aún controla las escaleras, podemos bajar hasta los laboratorios, no se han atrevido a entrar ahí.

-¿Y ella? -preguntó refiriéndose a Sara-

-No lo sé. Puedo intentar salir con ella del edificio por alguna ventana de los pisos del nivel de calle, pero entonces no puedo llevarte.

-No me lleves. Puedo ir sólo.

-¿Qué? No te lo tomes a mal, pero no puedes.

-¡Puedo! ¿Te acuerdas de las obras que hicimos hace poco antes de que desaparecieses? Entonces estábamos siempre de obras. Hay un camino que lleva desde el baño de este piso hasta el sótano donde está el MARIA. No es sencillo llegar, pero es posible.

-¿Incluso con tu condición?

-El camino está pensado para una persona que va... Arrastrándose. Está pensado para mí. ¿Tienes algún plan de huida?

-Pensaba quedarme a luchar. Podemos vencerles si les rechazamos en estos pisos.

-No seas estúpida, tendrán refuerzos en cuanto puedan asegurar el tejado para que aterricen con seguridad. Hay un coche en la calle de enfrente, para emergencias. No necesita llaves, llévate a Sara allí y mueve el coche, sea como sea, hasta la salida de ventilación más externa de la planta calle. Sé que no sabes conducir, pero yo sí.

-¿Sabes adónde debemos ir?

-A por ellos. La unidad 8... Debemos ayudarles si lo necesitan. Debemos asegurarnos de que el Nuevo Edén, con o sin Rey Carmesí, desaparezca para siempre.

Umbra tomó a Sara al hombro y no hizo más preguntas. Miró el pasillo y se dirigió hacia las escaleras. Aurelio no pudo evitar mirar el cuerpo de Lucilda en el suelo. Le dio la sensación de que seguía viva, y que mientras la sangre le salía a borbotones, intentaba decir algo, pero no lo podía escuchar. Era incapaz de creer lo que estaba pasando en tan pocos instantes de tiempo. El ataque del gobierno, Lucilda, Severa... No podía pensar demasiado en ello, sólo podía seguir adelante. Una vez llegó al baño, se tiró de su silla de ruedas y golpeó con su puño la parte que sabía que se rompería, dejando al descubierto un pequeño pasadizo. Empezó a mover sus brazos y arrastrarse por él. Los músculos tardaron poco pedir descanso, pero tenía demasiada prisa, y mucho camino por recorrer.

Las puertas se abrieron, como reaccionando a la música que partía del instrumento de Jorge. Una luz de un fuerte color Carmesí brillaba incandescentemente y un hombre, ataviado con una capucha y un traje que Jorge sólo pudo calificar como extraño, apareció. Su corazón paró por un segundo, sus manos dejaron de tocar. Felicia, sin embargo, no se había inmutado con su presencia.

-¿Eres tú?

-Sí, soy yo -respondió el Rey Carmesí-.

-¿Por qué?

-¿Por qué? Esa es la pregunta que debería realizarte a ti. ¿Por qué rechazas todo esto?

-¿Por qué debería cogerlo? Miro a Felicia y tengo ganas de llorar. Cree que ama, pero no es capaz de amar, que es amada, pero se sorprende cuando se lo demuestran y habla de palabras que cree comprender, pero que no entiende en absoluto. Te mira y no se inmuta porque no entiende el horror que representas.

-¿Es la vida una maldición? ¿Es un nuevo mundo, una nueva oportunidad una abominación?

-En el mejor de los casos, eres la piedra de Sísifo, condenando a la humanidad a recorrer el mismo camino de esclavitud otra vez.

-La humanidad está ya muy cerca del fin del camino de la esclavitud. Yo y la Biblia Negra somos la afirmación de ello mismo. Tú también lo oyes, tú podrías ser mi sucesor, Oráculo.

-¿Por qué?

-El Abismo te ha traído aquí por algo. Eres más perfecto que Felicia, que los agentes de Destino, que los antiguos Profetas del Nuevo Edén. Tú comprendes, joven Alejo, tú comprendes sus palabras, te susurra con más fuerza porque eres el más bello, el máspreciado.

-Es porque entiendo sus palabras, que no quiero escucharlas.

-¿Quién contaminó tu mente? ¿Quién te impidió llegar a la revelación que yo proveo?

-No es un alguien, es un algo. Es una canción, la canción que estaba tocando.

-¿Qué significa para ti esa canción, Oráculo?

-Es una versión distinta del tono que se utiliza para honrarte en los rituales del Nuevo Edén. Está cambiada, sólo unas pocas notas, pero suena muy distinto.

-¿Tan sólo unas notas que dan una versión deformada de mí te hacen cambiar de opinión?

-Cuando oí por primera vez el himno original, pinté todo esto. Dibujé las galerías, las bóvedas, y te dibujé a ti. Eras el ángel del cuadro que compró ese que tú bien sabes quién es: Uriel Lucanor. Pero siempre guardé un secreto respecto del ángel: aunque me gustaba el cuadro por todo lo que había conseguido gracias a él, detestaba al ángel que estaba en él. Con la versión de Uriel, creaba un ángel bello, sin espada, que tocaba una lira. Ese ángel, de algún modo, seguías siendo tú, pero era muy distinto. Me gustaría que fueses como el ángel de mi segundo cuadro, pero no lo eres, eres el ángel iracundo del primero, envidioso, celoso y soberbio. Tienes todos mis defectos. Veo con claridad que tu rostro no es bello y tus instrumentos no entonan canciones en armonías que mis oídos perciban como tal.

-Veo que Uriel ha penetrado en tu mente como un gusano, un parásito que medra y crece alimentándose de tus grandes dones. No hay límites, Oráculo, podemos llegar adónde queramos, no confíes en la palabra de Uriel.

-Los límites existen y están ahí. Sólo puedes saltarlos con un Abismo que desea que saltes hacia él, para sucumbir en su olvido.

-Mi humanidad es fuerte y bella, posee todos los dones de la vida.

-Tu humanidad es decrepita y falta de realidad, y sólo tiene legadas las maldiciones de aquellos que no son capaces de aceptarse a sí mismos.

-Hablas en nombre de los cuatro, con palabras que no están tu mente pero sí en tus labios. Oráculo, tú eres como yo, podríamos ser la última pieza de la Biblia Negra, juntos...

Un ruido de una espada rasgando el suelo interrumpió la conversación. Pasos acelerados comenzaron a oírse por el pasillo, tres personas se acercaban corriendo. El Terrible, Eva y Mario Vega, que estaba por detrás de ambos, llegaron a la Corte del Rey Carmesí, y vieron a Felicia y a Jorge junto a un ser extraño, con una capucha, vestido con tonos carmesíes y negros. Estaba parcialmente agachado, pero en cuanto llegaron, se puso de pie.

-Coge a los chicos y llévatelos de aquí, la marea bajará en cualquier momento -dijo Eva a Mario Vega, que se apresuró a hacer lo que le había dicho.

-Nos volveremos a encontrar, Oráculo -dijo el Rey Carmesí-. Es una promesa.

-Este es tu fin -dijo Juan el Terrible-, no saldrás con vida de aquí.

-Fin... Principio... Dos conceptos indistinguibles si son mirados con los ojos de la verdad absoluta, inexistentes, y que nuestros ojos sólo son capaces de distinguir por la perspectiva.

-¿Quién eres? -preguntó Eva-

-Esa es una pregunta dolorosa -dijo el Rey Carmesí, mirando a Juan el Terrible-. ¿Cuál es mi nombre? Es irrelevante. ¿Quién soy yo? La respuesta es obvia, soy tu espejo, Juan, tu ser simétrico, la cruz debajo de la cara en tu moneda. Pero sobretodo, Juan, soy un monumento a todos tus pecados.

El Rey Carmesí se quitó la capucha y un rostro, que parecía haber sido deformado por los efectos de la Biblia Negra o de la tecnología del Nuevo Edén, emergió. Era un rostro conocido por ambos. Ares miró desafiante tanto a Eva como al Terrible una vez hubo terminado su gesto de autorrevelación.

-¿La unidad 8? Más allá del bien y del mal -dijo Ares-.

-¡Tú! -dijo el Terrible-. ¡Maldito traidor!

-¿Ares? ¡¿Ares?! ¡¿Por qué tú?!

-Así que eres tú el Rey Carmesí... Mataste al resto de tu unidad...

-No, no lo hice. Ninguno comprendéis el conflicto al que os habéis ligado toda vuestra vida. El Rey Carmesí no es un quien, no puede ser una persona concreta, es un algo. El Rey Carmesí es un concepto, pero un concepto real como el acero y el hierro.

-¡¿Qué diablos intentas decir?!

-”El Rey Carmesí” no es más que un título. Ese título se refiere únicamente al principal artífice en un momento del cumplimiento de las profecías de la Biblia Negra. La identidad de esta persona es anunciada por el Abismo, y el objetivo del Nuevo Edén ha sido siempre el de ayudar al Rey Carmesí a cumplir sus propósitos personales para que estos nos llevaran a su vez, al fuego del Fénix. Juan, tú has sido el Rey Carmesí, por eso fuiste el único durante tantos años “Que los mantuviste a raya” y gracias ti estoy aquí. Liliana, tú has sido el Rey Carmesí, tus visiones y tus actos nos han conducido a este día tanto como los míos. Gracias a ti el Nuevo Edén encontró y localizó a Uriel Lucanor, Sariel Fausto, Rafael de León y Gabriel Aquitán. John Naic ha sido también el Rey Carmesí, gracias a él pudimos instalarnos en Utopía, gracias a su gobierno tenemos hermandades en París, Berlín y Londres. Y ahora soy yo el Rey Carmesí, tal y cómo ha sido mi destino desde que encontré la luz del Nuevo Edén, para defender la fe en el Nuevo Mundo. Regocijaros, estamos en tiempo de dádiva, un Profeta ha sido elegido como Rey Carmesí.

-¿Y los Serafines? ¿Por qué?

-Para combatir a los hombres que he citado antes. Somos los guardianes de la fe y del Nuevo Edén. Somos los hijos del Abismo, los precursores de la nueva raza de hombres que nacerá a partir de la semilla del Edén. No podéis matarme, ni siquiera vosotros mismos sabéis lo que sois. ¿Espadas de Dios o el demonio?

-Aun así, somos espadas. Vengaré a las 7 unidades de Destino, y tus muertos te prepararán una cena en el infierno. De Dios o del diablo, ¡Juan el Terrible sigue siendo una espada!

-¡Tengo el poder de la semilla del Edén, estúpidos! ¿Qué tenéis vosotros?

En el momento en el que lo dijo, sacó una espada que portaba debajo de su extraño traje. La espada era extraordinariamente larga y la sujetó con el filo apuntando a lo que quedaba de la unidad 8. En ese mismo momento, la luz de color rojo que salía de la habitación que había más allá de la Corte del Rey Carmesí se volvió más y más brillante, y la espada de Ares quedó envuelta en fuego y de su espalda salieron dos llamaradas que tenían una forma parecida a la de dos alas.

-El último Serafín del Nuevo Edén -dijo el Terrible para sí-. He estado esperando esto durante

mucho tiempo.

Aurelio siguió arrastrándose por los angostos respiraderos que daban camino a la habitación del MARIA. Le sangraban los brazos y comenzaba a sentir un fuerte bajón de azúcar en sangre que estaba restándole fuerzas, pero sabía que no podía parar. Le comenzaba a costar respirar, no estaba acostumbrado a hacer ejercicio. Cada vez que sentía la tentación de parar pensaba en la unidad 8, la 7, la 6, la 5... En el doctor Sariel Fausto y en todos los que tenía detrás, y los fantasmas del recuerdo parecían inspirarle, ya fuese por temor o por sentido del deber, a seguir. No se había planteado en absoluto lo que ocurriría si activaba el MARIA, pero en aquel momento prefería dar el mundo al Nuevo Edén que a Naic, si es que no eran la misma cosa.

Ya veía el suelo del pasillo. Notaba el extraño olor que desprendía la máquina. Estaba en casa. Recordó a sus padres, a todo lo que lo habían hecho por él, y se recordó a sí mismo cuando era un niño. El respiradero era alto y la caída iba a ser muy dura. Se miró a sí mismo, y no pudo sino sentir una amarga tristeza. El instinto le decía lo que debía hacer. Tenía espacio suficiente para poder dar la vuelta y poner los pies por delante, pero iba a ser a ser muy exigente físicamente aquel movimiento. Aunque se había prometido no parar ni un momento, en cuanto sus pies colgaron al aire y se puso en una posición un poco más erguida, se quedó parado un momento. Se sintió como Ícaro en pleno vuelo, rozando el sol y sintiéndose acariciado por la luz que este emanaba. Se sentía bien, se sentía poderoso, libre... Pero sus alas eran de cera, tenía que bajar. Apenas sintió la caída, pues esta recayó entera en sus piernas. Sabía que se había roto algún hueso, pero le daba igual, había probado el suelo y sabía cuál era su destino. No había nadie en aquel lugar. Incluso en aquella situación, MARIA le daba paz, de la misma forma que su madre le confortaba cuando se sentía desdichado por no poder mover sus piernas.

Durante el último pasillo, mientras seguía procesando las sensaciones que le transmitía aquel lugar, se dio cuenta de que no hacía por Naic, o por el Terrible, ni siquiera lo hacía por aquella pobre chica, Sara Rami, lo hacía por ella, lo hacía por MARIA. Porque sentía que se lo debía, porque sentía que le debía la vida. Se entregó a ese sentimiento de amor y empezó a acelerar, sólo tenía que pulsar un botón, un botón que el doctor había puesto unos años atrás a nivel del suelo, nunca explicando muy bien el por qué. Él era el por qué, y aquel era el momento para ese botón. Lo pulsó con todas sus fuerzas, como si su mundo se estuviese acabando, con la rabia acumulada de todas las vidas que había visto apagarse, por el doctor, por Gabriel, incluso por Lucilda. Lo hizo porque, fuese o no MARIA lo mismo que el Firewall 666,66 era lo correcto. Sintió una suave caricia en su cara cuando notó como los ruidos de la circuitería que alimentaba a MARIA volvían a sonar. Sonrió. Por un breve instante se sintió en casa. No se podía mover ya, y no iba a poder volver con Umbra y con Rami, pero le daba igual. Había cumplido su misión y era feliz.

-¿Qué ocurre? -preguntó Sara desde dentro del coche-

-No estoy segura -dijo Severa-

Habían comenzado a sonar ruidos extraños dentro de Destino, y de repente, todas las compuertas se cerraron y los boquetes que habían abierto las explosiones provocadas en el asalto al edificio se habían sellado con una especie de masa orgánica que Sara era incapaz de identificar con nada que ella conociese, pero que Severa sabía muy bien lo que era.

-Creo que lo ha activado -dijo Severa-. Ha cumplido su cometido, pero no sé lo que está pasando, MARIA nunca ha hecho esas cosas.

-¿Pero qué es el MARIA?

-Sinceramente, creo que ya no lo sé.

-¿Va a salir Aurelio de ahí?

-Debería, si quiere sobrevivir. Pero sinceramente, no sé cómo piensa hacerlo.

Ares era más poderoso que el resto de los Serafines combinados. No se trataba sólo del entrenamiento que había tenido dentro de Destino, sino que sus movimientos se habían refinado hasta puntos inhumanos. Se movía como si su cerebro procesase los movimientos de sus adversarios en milésimas de segundos y sus músculos fuesen capaces de responder al instante. Además, tanto el Terrible como Eva estaban cansados de su anterior combate, y no podían luchar con todas sus fuerzas.

Ares blandió su sable. Ambos se apartaron a tiempo. Se giró y se abalanzó sobre el Terrible, pero ella disparó a tiempo a su hombro y detuvo la carga. Aun así, Ares no parecía inmutarse, y el fuego que desprendía estaba haciéndola sudar demasiado y podría acabar desfalleciendo. Recordó lo que había hecho Rafael en su primer enfrentamiento contra los Serafines: le había disparado a uno justo en su muñeca mientras blandía su arma. Todas las armas de los Serafines eran realmente pesadas, por lo que perder la fuerza en aquella posición debía ser muy peligroso para ellos. Ares se giró y se dirigió hacia ella lentamente. El Terrible trataba de recomponerse en otro lado de la corte, pero no le daría tiempo a llegar. Eva trató de moverse detrás de unas columnas, pero en cuanto hizo el amago del sprint, una pierna le falló. No podía correr. La escopeta le pesaba, sacó su arma de mano y apuntó hacia Ares, aunque sabía que fuese inútil.

En ese momento, su memoria comenzó a viajar atrás en el tiempo. Al día en el que habían asesinado a Sariel Fausto, al día en el que vio el primer brutal asesinato de los cuatro que había presenciado. La pierna, el arma... El Serafín. Estaba en el momento de su primera visión, estaba a punto de ser asesinada.

-Ares... José ¿Siempre fuiste tú? ¿Siempre llevaste en ti este momento? ¿Siempre fuiste tú el que había sellado mi destino?

-Esto no es el final, esto es sólo el comienzo, Eva. Renacerás con el nuevo mundo.

-¿Cómo un monstruo?

-Todos somos ya monstruos.

Eva apuntó a la muñeca, aunque fuese una esperanza muy vana. Por fortuna, sabía cuál iba a ser el movimiento que utilizaría. Primero la tiraría al suelo y luego, una vez fuese incapaz de levantarse, la remataría. Se concentró en la muñeca de Ares y en su visión. Pero entonces vio algo más.

Juan del Temple se intentó levantar del suelo. Y una especie de ser, una luz muy brillante parecía susurrarle al oído:

-¡Sansón! ¡Sansón! ¿Qué haces en el suelo?

-Mi cabellera es ya inexistente y con ella mi fuerza se ha ido. Este es mi fin, el fin de Juan el Terrible, y lo acepto.

-¡Sansón! ¡Sansón! ¿Cuál es tu debilidad, Sansón? No entiendes ¿Verdad? No entiendes cuál es tu debilidad. Tu debilidad no es tu cabellera, Sansón. Tu fuerza no residía en tu melena, sino en ella. Desde el mismo momento en el que ella te traicionó, había quedado escrito que tú perderías tu fuerza.

-¿Qué intentas decirme? Juan el Terrible está acabado, como toda su misión.

-No existe tal cosa, Juan del Temple, no existe ninguna misión para Juan el Terrible. Cuando tu mujer murió, perdiste toda tu fuerza, pero aún noto cómo tus músculos y tus huesos rugen por levantarse.

-Mi deseo... No volveré a ver a mi mujer, no volveré a acariciar a mi hija. ¿Verdad? Por eso he perdido mi fuerza, porque las he perdido a ellas para siempre.

-Ese deseo nunca te ha podido ser concedido. Ni siquiera ese al que tu llamas Rey Carmesí puedo hacerlo realidad. Porque no está lejos, Juan, tu hija no está lejos ¿No las ves al fondo de la

habitación?

-Esa es Eva... Ella no es mi hija.

-Dime, ¿Cuál era tu plan, Juan del Temple? Tu plan era que nadie conociese a Liliana, ¿Verdad? El Nuevo Edén nunca debía saber de Liliana, y sus allegados nunca debían saber completamente de Eva.

-Sí, ese era mi plan. Pero es inútil, él la conoce, Ares sabe quién es. El Firewall 666,66 puede derrotarla.

-Él planea derrotarla aquí y ahora con su espada de fuego, pero él no sabe una cosa, no cuenta un factor muy importante.

-¿Qué es ese factor?

-Amor, Juan del Temple. Amor de padre e hija.

-Eso no es posible.

-¿Quién podría haberlo hecho, ¿Verdad?

-Me engañas, me engañas como cuando me llamaba aquella voz. Eres el Firewall 666,66 no debo escuchar.

-Siempre has escuchado al Firewall 666,66 Juan del Temple, y eso te ha llevado a convertirte en Juan el Terrible. Así que escúchame ahora, sabes muy bien quién soy. Soy eso que tú llamas MARIA.

-No es posible, no es...

-¿Quién pudo haberlo hecho? ¿Quién pudo haber visto que la locura de un padre podría acabar con su hija milagrosamente salvada? ¿Quién pudo haber desconfiado de un hombre al que admiraba pero que se había convertido en un espíritu de venganza?

-No, él nunca podría haberlo hecho.

-¡Era su deber! La niña no era más que un cascarón, había quedado completamente vacía después de aquel suceso. Le dio un padre, y una nueva memoria. Me utilizó a mí para ello, yo le di la memoria que tiene de su infancia, de su adolescencia, pero te respeté, Juan. Guardé todos tus afectos y ella recuerda a su pare con el mismo cariño que te tenía cuando era una niña.

-¡Yo conocí a su padre!

-¡Conociste la farsa que montó el doctor para evitar que ambos descubrieseis la verdad! Por desgracia, los recuerdos si bien borrados, siguen dejando un rastro, un rastro que hizo que ella llegase acabase en Destino. El doctor Sariel se sentía culpable por lo que había hecho, y trató de reuniros, aunque nunca supieses la verdad. Aquel acto fue lo último que pudo soportar su propia alma, y acabó sucumbiendo otra vez a los brazos de Laila Caraggio.

-¿Entonces qué debo hacer?

-¿Qué haría un padre cuando su hija está en peligro? Tu melena ha vuelto a crecer, Sansón. ¡Salva a tu hija! ¡Derriba el templo!

Juan se levantó, sangraba de un costado, pero no sentía dolor. Cogió la espada que había utilizado hasta aquel momento y comenzó a activar la mochila cohete, tratando de acumular toda la energía potencial posible para tener la máxima aceleración alcanzable por aquel aparato.

-Era cierto -dijo Juan para sí mismo-. No existen misiones para Juan el Terrible. Esto ha sido siempre algo que debía hacer Juan del Temple. Te amo, hija. Ojalá las cosas hubiesen sido de otra manera, pero eso ya no lo podemos cambiar.

Juan del Temple salió disparado e impactó directamente contra el Rey Carmesí. Aunque este pudo parar el golpe con su brazo y atravesar con su espada llameante a del Temple, este hizo lo propio, y en su último aliento, clavó su espada en el pecho del Serafín. Ambos se bañaron en un río de fuego. Justo antes de morir, Juan del Temple lanzó una mirada de amor a su hija.

No quedaba nadie en la Corte del Rey Carmesí salvo ella. Había tratado de mirar que le pasaba en la pierna, pero aquello parecía serio, y no era capaz de repararlo con el botiquín que llevaba

incorporado en su armadura. La puerta, con el símbolo de la Biblia Negra encima de ella seguía abierta. Debía entrar. Comenzó a moverse poco a poco, tratando de utilizar lo menor posible la pierna dañada.

*-Es por aquí -dijo Sariel-, reconozco este lugar a la perfección.
-¿Es esto lo que buscábamos? -preguntó Gabriel-.*

Sariel, Uriel, Rafael y Gabriel volvieron a aparecer, pero ya no era en una visión que sólo su mente era capaz de percibir. Estaban ahí mismo, junto a los cuerpos carbonizados del Rey Carmesí y de Juan del Temple. Notaba que no eran reales, pero estaban en aquel lugar, en el mismo lugar que ella, aunque pareciesen hologramas producidos por su imaginación.

*-Seguidme -dijo Sariel-.
-¿Es este el lugar? -preguntó Gabriel al ver el signo de la Biblia Negra en la puerta-. No puedo creerlo... Me cuesta entrar.
-Una vez dentro no tendremos ningún poder -dijo Uriel-.
-No tenemos elección, ¿Verdad?
-No -respondió Sariel-. Al menos yo no la tengo.*

Eva siguió las visiones y trató de seguir su mismo recorrido. La luz le cegaba los ojos y no podía ver bien. Notó por el tacto de su mano derecha que estaba en el enorme marco de la puerta. A su lado, estaba aquel Gabriel de sus visiones, mirando al horizonte decidido, mientras ponía un pie hacia delante.

*-Debemos entrar -dijo Gabriel-. Este es nuestro fin de partida. No podemos quedarnos aquí sin más.
-Esto debe acabar una vez y para siempre -dijo Rafael mientras entraba a la par que el resto de los cuatro-.*

Dio el paso a la vez que ellos, tratándose de sentirse acompañada, aunque fuese de una forma que ella no pudiese comprender completamente. En el instante en el que entró en la sala, el resto de sus visiones desapareció. Avanzó a ciegas unos pocos pasos, pero no podía ver nada, tan sólo la luz brillante y carmesí que parecía salir de todas partes.

Entonces, oyó un ruido en el suelo, como el de un pequeño pisotón, y las luces bajaron de intensidad. Un hombre apareció delante de ella, era Gabriel Aquitán.

*-Sabía que volverías -dijo él-. Llevo esperando este momento desde hace tanto...
-¿Quién eres?
-Soy lo que quieres que sea. Quieres que sea Gabriel, ¿Verdad? Lo deseas con todo tu corazón. Puedo serlo, puedo ser Gabriel por ti.
-¿Por qué me acosas?
-¿Por qué persigue la luz a la oscuridad? ¿Por qué la arrincona hasta destruirla o recluirla al más profundo de los abismos donde ella misma no es capaz de llegar? Porque está en su naturaleza, porque es así. Tú eres la luz, Eva, tú eres la que me acosas, por eso has llegado hasta aquí.
-Has intentado engañarme... ¡Dime la verdad! ¿Qué es este lugar?
-¿Quieres mi sinceridad? También puedo ser sincero, si lo deseas. Yo tengo todas las herramientas y la voluntad para hacer tu vida más placentera, y sin embargo no haces más que perseguirme, no deseas otra cosa sino que mi fin. ¿Quieres ver? Así se hará.*

Aquitán dio un palmeo, y las luces se apagaron.

Eva estaba rodeada por una extraña materia orgánica de color metálico. No pudo evitar recordar aquel fragmento que Aurelio les había enseñado de la máquina orgánica aquel día en Destino. Aquello tenía un aspecto similar, y parecía ser mucho más avanzado. Se movía, hacía ruidos extraños y no parecía tener fin.

Miró al techo. Había un cuadro gigantesco pintado en la única zona del techo que no estaba cubierta de masa orgánica. Había cuatro cruces en un monte, todas ellas tenían un hombre crucificado en ellas. En la parte de debajo del cuadro había un lago, y en él se veía el reflejo de aquella escena. Los hombres que aparecían crucificados en aquel cuadro eran los mismos que ella había visto en sus visiones. En la esquina inferior derecha también pudo ver que el cuadro estaba firmado. Se leía claramente como ponía: Zurqués.

-Esto que ves es eso que durante tanto tiempo tú y los que no lo comprendéis habéis llamado Firewall 666,66. Esto es lo que el Nuevo Edén llama la Semilla del Edén. Tiene escrita la Biblia Negra dentro de ella, y es a través de ella que oís la sagrada voz del Abismo. Mi voz.

-¿Qué eres?

-Soy el espíritu de la máquina. Soy el Firewall 666,66.

-¿Por qué? ¿Por qué has hecho lo que has hecho? ¿Qué quieres de nosotros?

-¿Qué queréis vosotros de mí? La respuesta a esa pregunta es mucho más satisfactoria.

-¿Qué queremos?

-Queréis un mundo nuevo, lejos de la podredumbre y la corrupción. Un mundo puro, al igual que vosotros. Yo puedo daros ese mundo, transformarlo todo, cambiar vuestra realidad. Puedo cambiar lo real, Eva. Puedo hacer que seas quien siempre has querido ser, y puedo deshacer el cambio si lo llegas a desear. Puedo hacerlo todo.

-¡No eres más que un fraude! ¡Todos los que han muerto por ti! ¡Todos los que has matado!

-Incluso si en este mundo han muerto, puedo hacer que vuelvan, puedo hacerlo si lo deseas. Pero hoy debían morir, para evitar que destruyesen el Nuevo Edén. Esos cuatro hombres aparecen en la Biblia Negra repetidas veces, siempre como una amenaza máxima para el renacer del mundo, pero ellos también comprendieron en algún momento de sus vidas lo que suponía mi mensaje. Uriel fue un gran oráculo de mi voz, y Sariel Fausto... Él fue el primero en escucharme, él fue el que diseñó el soporte en el que germinaría la Semilla del Edén. Él prácticamente fundó el Nuevo Edén tal y cómo lo conoces tú.

-Rafael y Gabriel... Nunca te hubiesen escuchado. ¿Por eso los mandaste matar?

-Ellos nunca hubiesen comprendido. Eso es lo que les ha llevado a la muerte aparente. Pero tú, tú puedes hacer que vuelvan. Esta es la dádiva que deseaba Juan el Terrible, es una lástima que no esté para poder dársela a él. ¿Acaso hay algo que valga más que el corazón de un hombre o una mujer muerto? ¿Acaso algo vale más que el calor de los que se han ido? ¿La sabiduría de aquellos que tenían tanto por decir? Esto no es sólo por ti. Juan quería a su mujer y a su hija, no quería nada para el mundo, eso le daba igual, pero sé que tú quieres hacer algo nuevo. Un mundo nuevo, donde los cuatro hombres y las mujeres en las que estás pensando ahora sigan vivos, y te amen. Toma mi mano, Eva, toma mi mano.

-¡Mentiroso! ¡Tú los mataste! ¿Qué engaño tiene esa oferta? ¿Qué veneno le suministras al corazón humano? ¿Qué quieres a cambio de todo lo que dices ofrecer?

-Toma mi mano, Eva. Eres aquella a la que estaba esperando más que a nada, te he visto madurar, crecer. En la unidad 6, en la unidad 7... Todos ellos pueden volver, ¡Eva! ¡Está todo al alcance de tu mano!

Liliana estaba sentada debajo de un árbol, sin hacer nada. Se dedicaba a mirar a los transeúntes, mientras esperaba a que su padre la fuese a recoger. Hacía calor, mucho, y empezaba a sudar, lo cual era una pena porque acababa de ducharse. Solía ir a entrenar por lo menos una vez a la semana. Hacer ejercicios físicos de forma completamente mecánica le permitía vaciar su mente durante un tiempo, cosa que agradecía profundamente. Encontraba el mundo realmente turbador, y no era muy

bien dotada para manejar sus relaciones sociales. Eso no quería decir que no las tuviese, pero fuera del grupo en el que se sentía cómoda, encontraba muchas limitaciones. No sólo era el plano social el que le causaba frustraciones, y todas acaban en el mismo lugar: el gimnasio. Por fortuna, su padre tenía el suficiente dinero para que ella pudiese ir todas las semanas.

No por ello eran especialmente ricos, pero su padre tenía amistades entre organismos de importancia públicos, y con compañías privadas del norte de Europa que apenas se habían visto afectadas por la podredumbre de la tierra que había golpeado tan duramente al sur.

Liliana era una joven bonita. Isidora, que era su más fiel amiga, se lo repetía a menudo. Isidora era un mundo completamente distinto a ella, pero se ambas se habían conocido desde antes incluso de nacer, pues sus madres se habían conocido cuando estas aún estaban embarazadas.

Independientemente de los distintos caracteres, ambas siempre habían estado muy unidas. Liliana tenía sus admiradores, lo sabía, pero los encontraba realmente aburridos, como todos los demás. Encontraba la diversión de las demás chicas de su edad demasiado banal y el de los chicos eran un mundo demasiado cerrado como para querer hacer el esfuerzo de meterse en él. Era cuando salía del gimnasio cuando se sentía feliz. El sol y el viento eran suficientes como para que ella se sintiese bien. También era cierto, aunque no lo reconociese nunca a nadie que no fuese Isidora, le gustaba sentirse bonita. Le gustaba saber que podría arreglarse, mirar a algún chico, y sentir que este le devolvía la mirada con deseo. Claro que la posibilidad no era el hecho. A ella no le gustaba hacer esas cosas.

Un chico de su edad pasó por delante de ella. Era de su estatura, complexión media y unos ojos de azules y penetrantes. En el mismo momento en el que lo vio, dejó su postura cómoda y trató de adoptar una pose más propia de una chica de su edad. Aunque no llevaba ropas muy elegantes, no iba mal arreglada, pensó que podría fijarse en ella. O eso creía que ella, porque lo cierto es que el chico no se inmutó. Sintió vergüenza por lo que acababa de hacer, y se alegró de que nadie más la hubiese visto.

Isidora y Liliana estaban cerca del río, como hacía siempre que no sabían que hacer. Liliana hubiese preferido quedarse en casa y descansar aquella tarde, pero Isidora estaba obsesionada con dar una vuelta, con charlar un poco antes que volver a casa, y siendo que Liliana no tenía nada que hacer en su residencia, decidió aceptar la oferta.

-¿Te puedes creer lo bonito que es la costa del noreste? -preguntó Isidora-. Tengo muchísimas ganas de volver. Y los chicos son... Encantadores. Te gustaría, créeme.

-¿A la costa azul? -dijo Liliana-. ¿Y qué se te ha perdido ahí?

-¿Tranquilidad? ¿Playas? Deberías aprovechar las cosas del mundo que aún están sanas y que no están inundadas, sufriendo sequías constantes o sencillamente muertas.

-No lo sé. Estoy bien aquí. Sé que para ti se hace raro, pero lo cierto es que estoy bien aquí. Si tuviese que viajar iría mucho más al norte.

-No sabes lo que te pierdes. ¿Vas a venir a la fiesta de este fin de semana?

-No lo creo. La entrada es bastante cara, además. Supongo que no seré la única, buscaré alguna otra cosa que hacer.

-Qué pena. Dicen que ese sitio, "Cerine" está muy bien, la entrada merece la pena. Bueno, ahora háblame del chico que me dijiste el otro día.

-¿Qué chico?

-¿Te crees que soy tonta? Casi nunca hablamos de estas cosas juntas, pero la otra vez se te escapó y no te voy a soltar hasta que me digas lo que pasa por tu cabeza.

-No lo sé. No sé qué le vi. Me pareció guapo, pero cómo tantos otros.

-¿Nada más? ¿Seguro? Te conozco más que bien, Lili, no me engañes. Te ha parecido distinto,

¿Verdad? Sí que te lo ha parecido.

-Bueno, lo cierto es que sí. Pero no estoy segura, quizá si lo vuelva a ver cambio de opinión.

-¿Quizá si lo vuelvas a ver? ¿Quizá si lo vuelvas a ver qué? ¿Qué?

-No sé. Quizá si lo vuelva a ver...

Liliana estaba descansando plácidamente en el sofá de su casa cuando su móvil le comenzó a sonar con fuerza. Reconoció el tono, aquello no era un mensaje, era una llamada.

-¿Lili? -era Isidora-. ¿Lili estás ahí?

-Sí, ¿Qué te ocurre?

-Me encuentro mal, Lili. Me he levantado con vómitos y creo que tengo un poco de fiebre. No voy a poder ir mañana a la fiesta, y sé que tú no tienes entrada, así que te da la puedo dar.

-¿Cómo te voy a coger una entrada así sin más?

-Porque no he conseguido venderla, así que no te sientas mal. Tengo la entrada en mi casa, así que no pierdas la oportunidad, aunque sólo sea para entrar al “Cerine” gratis, que no es poco.

-Aun así, ¡Es tu entrada!

-Y si va ese chico... Vega Lili, no voy a callar hasta que la cojas. Cede por una vez en tu vida.

-Bueno, como quieras. Me arreglo y voy.

Cuando Liliana fue a coger la entrada, Isidora se sorprendió de lo bien vestida que iba. Pocas veces la había visto tan guapa, pero no hizo ningún comentario. A la mayoría de las chicas, incluida ella misma, les gustaba que les dijese lo guapas que estaban, pero a Liliana los comentarios no le gustaban, le causaban el efecto contrario al deseado. A Liliana le gustaban las miradas, y eso es lo que hizo Isidora, que no comentó nada en absoluto. Sólo la miró de forma cómplice mientras le daba la entrada.

Liliana tuvo suerte, apenas había cola para entrar y en unos 10 minutos estaba ya dentro. Tenían razón al decir que aquel sitio era agradable. La música estaba al volumen suficiente como para bailar, pero no demasiado alta como para impedir hablar. En el mismo momento en el que entró, se preguntó qué era lo que estaba haciendo realmente ahí. No había avisado, ninguna de sus amigas, o de las amigas de Isidora estaban ahí. Anduvo un poco de aquí para allá, de una barra del bar a otra, tratando de pasar desapercibida, sin que nadie la viese. Tenía que ser sincera, había a aquel lugar pensando que a lo mejor estaba él. En aquel momento se sentía un poco tonta, ¿Por qué había hecho tal cosa? Aquello había sido inútil, y como mínimo, estúpido. No pegaba con ella nada, y decidió salir, aunque sólo fuese un momento, a que le diese el aire. Entonces fue cuando notó una mano en el hombro, se giró de golpe, sorprendida. Su cara cambió cuando vio quien era, era él.

-Perdona, eres... -dijo él que estaba bastante nervioso aunque lo intentase disimular-. Bueno, perdona que te haya asustado así, es sólo que te cara me resulta familiar.

-¿De veras?

-Me llamo Gabriel. Lamento haberte molestado, da igual -y se dio media vuelta para irse-.

-No, Gabriel -dijo ella sujetándole el brazo-. Mi nombre es Liliana. Quédate un rato, si quieres, claro.

-¿Liliana? Es un nombre bonito. ¿Eres de aquí?

-Sí. ¿Tú? Supongo que no, o si no preguntarías eso.

-Es complicado. Soy un poco de todas partes, mis padres viajan mucho y yo voy detrás, claro.

-Ya veo. ¿Entonces has visto mucho mundo?

-He visto más que muchos, y visto menos que muchos otros.

-¿Y es el paisaje más bonito aquí que en otros lugares? ¿Son los ríos más salvajes?

-Esta ciudad es lo más al sur que he estado en toda mi vida, y por tanto, es lo más salvaje que he visto. El río de este lugar es único, si no fuese por su capacidad destructiva, habría todos los días aquí cientos de biólogos. Los ríos así dan lugar a grandes ciudades, ciudades como esta.

-Tengo frío. ¿Te apetece entrar?

-Sí, claro. Tú delante.

Una vez dentro, ambos comenzaron a bailar. Liliana se alegró de haber decidido a ir a aquel lugar. No tardó en pegarse a él a medida que la música empezó a volverse más baja, a volverse más lenta, hasta que sólo podían ir un susurro que apenas molestaba el sonido de sus voces.

-Dime, Gabriel -dijo ella-. Si tuvieses que imaginarte dentro de 10 años, ¿Dónde estarías?

-¿Dentro de 10 años? No lo sé. Supongo que podría estudiar, o seguir viajando y ser escritor.

Cualquier cosa, cualquier cosa que no implique esfuerzo físico.

-¿Tanto miedo le tienes?

-Es aterrador. ¿Y tú? ¿Dónde estarías?

-¿Yo? -en ese momento, Liliana bajó la cabeza, gesto que hacía siempre cuando se disponía a pensar, y mientras lo hacía vio el colgante que se había puesto-. Yo sería astronauta. Cabalgaría por las estrellas a lomos de un corcel, y vería el corazón de todos los mundos que tenemos por explorar. Sería una madre atenta, tendría un hijo y una hija, y serían la cumbre de mis virtudes y el repudio de mis defectos. Sería un científico brillante, descubriría cosas que ni siquiera puedo imaginar y en mis pizarras tendría las ecuaciones que darían respuesta a las preguntadas formuladas en mundos de más allá de las estrellas. Sería un ángel de Dios brillando en todo su esplendor, con alas de finas plumas y blancas como el marfil.

-¿Te pasa algo? ¿Por qué dices todo eso?

-Porque aquí puedo tener lo que quiera, ¿Verdad? Mi adolescencia no fue así. No fue así como nos conocimos, Gabriel. Te pareces tanto a él -dijo mientras le acariciaba una mejilla-, que podría hacer que no recuerdo, podría quedarme aquí para siempre y más allá, y colmarme de deseos.

-¿Tanto te molesta?

-Eres igual a él, igual, pero no es suficiente, porque no eres él. ¿Cómo puede ser real un mundo en que tu mayor preocupación es buscarte un trabajo que vaya con tu forma de ser, y la mía sea ver lo que hay más allá de los pirineos? No, no lo es. El día que te vi, el día que estaba esperando, mi padre no pudo venir a recogerme porque había habido un atentado en su oficina. No te vi, no estabas ahí cuando yo lo viví. Nunca conseguí entrar a este sitio, la entrada era cara y me faltó la ocasión. Fui a otro bar, donde apenas estuve veinte minutos, fue una noche horrorosa. Isidora nunca se puso mala, fue de viaje a un lugar, supongo que quedaría embarazada este mismo día, ¿Verdad? Del niño que abortó. Reconozco que lo has puesto todo muy bien, lo has arreglado todo. Pero esto no es mi adolescencia, en mi adolescencia me sentía mal conmigo misma, y todos teníamos miedo del Nuevo Edén, todos pensábamos en escapar, a dónde fuese necesario, pero escapar. Teníamos miedo, y esto es demasiado dulce, demasiado dulce incluso para ser un amable recuerdo. Esto no es real.

Liliana dejó su vestido de sábado noche y volvió a su armadura de combate. No podía ver exactamente donde estaba, pero sus ojos volvían a quedar cegados por la luz carmesí que emanaba en aquel extraño lugar. Miró la cara del hombre que la estaba guardando en su regazo. Una vez más, tenía la cara de Gabriel.

-¿Por qué no? -dijo el Firewall 666,66- Puedo hacerlo real, tan real como la primera vez que lo viviste. Tan real como tú misma. Sólo tienes que tomar mi fruto, el fruto del Nuevo Edén.

-¿Por qué la tentación siempre tiene forma de mujer? ¿Por qué siempre la representan como una mujer de bello rostro, cuerpo esbelto y cabellos dorados? ¿Por qué la representan a sí cuando mi serpiente tiene una forma tan distinta?

-Porque Eva, ¿Acaso puede desear un corazón bondadoso algo que no sea puro? Cógelo Eva, tu corazón es brillante y sabe que sus deseos son nobles. No hay ningún pecado, y no debería haber ningún miedo en satisfacer los deseos nobles de un corazón noble.

-Eva... -dijo ella mientras acariciaba su rostro-. Eva... Estás... Estás equivocado, ¿Sabes? Hablas

de mi corazón, hablas de mi alma y me traes palabras dulces como la miel y suaves como el aire, pero...

-¿Pero?

-¡Mi nombre es Liliana! -la mano de Liliana pasó de acariciar aquella cara a golpearle un fuerte puñetazo-

En el mismo momento en el que Liliana hizo aquello, notó cómo algo salía de su puño, era algo brillante, una luz muy distinta a la que la envolvía a ella. Notó una suave caricia que provenía de aquella luz, y había una música. Conocía esa música, era la misma que había tocado Jorge, era la que había compuesto Uriel Lucanor, aquella que le consolaba siempre que la escuchaba.

La luz se empezó a desaparecer, y también lo hizo aquel falso Gabriel Aquitán, y empezó a notar como caía suavemente al suelo.

Liliana estaba tumbada sobre el suelo. Aquella gigantesca masa orgánica parecía estar comenzando a retraerse y a caer sobre sí misma. No entendía lo que estaba pasando, pero sabía que habían ganado, que Destino había derrotado al Nuevo Edén, y no podía parar de sonreír. Aquel cuadro, aquel terrible cuadro que tenía encima de ella y que había significado la muerte de cuatro valiosas personas ya no significaba nada. Todo había acabado, y cuando vio que el edificio se estaba empezando a tambalear, supo que ella también.

Poco a poco los ruidos de disparos se empezaron a apagar, no sólo en la radio que Severa había sintonizado con la emisora del ejército en el coche de Marcos, sino que además el edificio de Destino había comenzado a emanar cierta calma, que Sara percibía incluso como paz. Ambas, Sara y Severa, seguían en el coche mientras esperaban que Marcos mostrase alguna señal de vida. Entonces comenzaron a oír una música extraña, una que Severa era incapaz de reconocer.

-¿La oyes tú también?

-Sí -preguntó Sara-. Tenemos que ir.

-¿Tenemos que ir? ¿Adónde?

-Al lugar del que procede.

Sara abandonó por un momento el miedo que hasta hacía unos pocos instantes que la había invadido completamente, y corrió hacia dónde creía que venía la melodía, con Severa detrás de ella. Mientras corría, ella misma se dio cuenta también de que aquella no era la primera vez que vivía aquella situación. Y aquella vez también estaba persiguiendo a un joven, al que según había oído, había acabado convertido en un oráculo del Nuevo Edén.

De repente Sara paró de golpe, cerca de una de las salidas de emergencia de Destino. Marcos estaba tumbado en el suelo, con los brazos sangrando y con varias articulaciones dislocadas. Repetía una y otra vez con voz baja. “La marea ha bajado. La marea ha bajado. Debemos ir”

Umbral utilizó la misma salida por la que había entrado Aurelio para llegar al hospital que había en las plantas bajas de Destino. Llevaba el arma desenfundada y estaba atenta a cualquier posible hostil que pudiese aparecer en su camino, pero no vio a nadie. Además, había grandes masas de materia orgánica tapando gran parte de los accesos, no era fácil acceder desde otra parte de edificio al hospital. Cogió todo lo que necesitaba, y volvió al coche a tratar a Marcos, y a poner rumbo al otro lado del río.

Mario Vega y Jorge andaban tranquilamente junto con Felicia hacia fuera de aquel lugar. No oían ruidos de agua fuera, por lo que salieron sin miedo. En cuanto salieron, pudieron contemplar el otro lado del río en llamas. Aunque el Rey Carmesí fuese derrotado, la ciudad había llegado ese mismo

día a su fin.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó la chica-. ¿Adónde vamos a ir?

-Si no sale la unidad 8 de ahí abajo... -dijo Mario-. Entonces dará igual adónde vayamos. ¿Cuánta gente habrá muerto en los combates al otro lado del río? Esto es una locura. Tenemos que ir más al sur.

-No. El Rey Carmesí ha sido derrotado, lo noto.

-Aun así, acabar con todo esto va a ser imposible. ¿Cuánta gente debe seguir luchando?

-Pronto se darán cuenta de que su líder ha sido derrotado, y entonces pararán. Lo peor será el día de después, cuando tengamos que mirarnos los unos a los otros y nuestras manos estén sucias.

-Ver una espada en llamas lo cierto es que te ha cambiado, chico.

-No es la espada lo que me preocupaba, sino lo que había detrás de ella.

-¿Entonces adónde vamos a ir? Yo no tengo ningún sitio al que ir, esta era mi casa.

-¿Podemos ir más al sur? -preguntó Mario-. No, ahí no hay nadie.

-¿Entonces? -dijo Jorge-.

-Mira al cielo -dijo Mario-. Creo que tienes razón, la unidad 8 ha ganado.

El cielo comenzó a llenarse de nubes negras como el carbón, y el aire parecía empezar a aumentar su grado de humedad. Un coche apareció en el viejo puente que unía ambos lados del río cuando este estaba más tranquilo. Jorge esbozó una sonrisa en su boca: eran Severa, Sara y Marcos. El cielo había comenzado a lanzar las primeras gotas de agua, pero ellos ya tenían su billete de ida.

Capítulo 26 – De las Cenizas del Edén

Dos semanas después...

-Hay veces que creía que este día no llegaría nunca, que lucharíamos eternamente o hasta caer, pero que la victoria nunca llegaría -oyó Sara que decía Marcos Aurelio para sí-

Sara y su padre, Jorge, Severa, Marcos, Isidora y los miembros supervivientes de la iniciativa Destino estaban en uno de los antiguos cementerios de Zaragoza que había conseguido sobrevivir al día del fuego del Fénix. Delante de ellos tenían las lápidas de todos aquellos que habían muerto debido intentado parar al Nuevo Edén.

Las lápidas portaban los nombres de: “Gabriel Aquitán, Rafael de León, Liliana del Temple, Juan del Temple, Sariel Fausto, Uriel Lucanor, Reyes García, Marco Rey, Elena Tadeo y Lucilda Borja”

Severa no había quedado satisfecha en absoluto con la inclusión de la tumba de Lucilda en aquel lugar, pero había decidido ceder por petición de Marcos. No entendía la relación que habían tenido entre ambos, y ni siquiera tras explicarle que Lucilda había intentado sabotear Destino para dárselo al gobierno desde hacía mucho antes de aquel día.

Lo había descubierto poco después de aquella terrible noche en la que mató a Laila Caraggio. Los mensajes que recibía y que la llevaron a descubrir lo que era el MARIA habían sido mandados realmente por Lucilda. Ni siquiera después de saber esto, Marcos cambió de opinión y ella dejó de insistir. Era cierto que Lucilda siempre hizo lo que creía que era necesario, pero Severa siempre guardaría un recuerdo negro de ella.

En cambio, había habido un consenso absoluto sobre la bondad del resto de los hombres y mujeres que estaban allí enterrados, incluso del conocido como Juan el Terrible. Ella en concreto echaría de menos a Rafael durante el resto de su vida. Incluso aunque hubiese sido un miembro de Destino cómo ella, aunque hubiese luchado con las mismas armas y las mismas herramientas, Rafael sencillamente parecía tener un alma de otro mundo, y unos ojos que siempre la miraban con ternura. También echaría siempre de menos a Liliana. Isidora, que no había parado de llorar desde que había oído la noticia, y que había llorado todavía más cuando le habían contado la verdad sobre el padre de Liliana, estaba aún más devastada.

Severa se preguntaba qué sería de ella en el futuro. Las tierras del sur empezaban a volver a ser fértiles según los primeros informes sobre el estado del suelo que se hicieron después de la batalla. Fuese lo que fuese lo que pasase en aquel extraño lugar, Liliana hizo lo que debía, o más aún, hizo lo correcto.

Marcos indicó a Severa y a Jorge que fuesen con él a otra parte del cementerio. Ambos aceptaron y llegaron a un lugar apartado, donde sólo había una tumba, que rezaba: MARIA.

-¿Qué secreto final ocultas? -preguntó Severa-

-Uno muy gordo, pero he de confesar que sólo supe al final. En el momento en el que activé MARIA por última vez aquel día.

-¿Por qué una lápida?

-Es una buena pregunta, porque ella no está muerta, pero entiendo que las lápidas están para que no olvidemos. Deseo que ella no quede en el olvido.

-Has desmantelado todo el sistema MARIA ¿Verdad?

-Eso no es posible. MARIA y el Firewall 666,66 son, a efectos prácticos, muy parecidos en cuanto a su naturaleza. Pero su acción, sus capacidades, son muy distintas. Esto es debido en parte al tiempo y los recursos que tuvo el doctor para dedicarle a cada uno. El Firewall 666,66 es en realidad infinitamente más poderoso que MARIA. La máquina orgánica que lo sostenía tenía un tamaño que jamás llegaremos a saber con exactitud, pero que debía exceder cualquier medida humana. MARIA en cambio tuvo que estar en funcionamiento mucho antes de poder desarrollarse completamente, luego dependió de su propia inteligencia para poder derrotar a un adversario en teoría mucho más potente.

-¿Quieres decir que están vivos? ¿Vivos cómo tú y yo?

-Creo que sí. Quizá desde su perspectiva se hagan la misma pregunta cuando piensan en nosotros. Cuando el doctor decía que creó MARIA mirando a las estrellas, mentía pero también decía la verdad. Creó MARIA utilizando como base lo que había aprendido para crear el Firewall 666,66 y es este el que diseñó a través de los conocimientos que obtuvo del “Más allá”, eso que el Nuevo Edén llamaba El Abismo. Una vez tuvo suficiente poder, el Firewall 666,66 tejió eso que llamamos la Biblia Negra, que no es más que una colección virtualmente infinita de estados MARIA, mucho más complejos de lo que somos capaces de comprender y comenzó a trabajar para que esta red acabase inequívocamente en su triunfo.

-¿Quieres decir que el Abismo es real? -volvió a preguntar Severa-. ¿Que era preexistente a aquella máquina orgánica?

-Sinceramente no estoy seguro, pero MARIA y él se comportaban de formas completamente distintas, aun siendo sistemas cuyo “hardware” era prácticamente idéntico, y cuyo software se hizo, literalmente, sólo y que se comportaban de formas muy distintas. Es más, tenían incluso motivaciones distintas. Interpreta eso cómo quieras, ponle el nombre que desees. La realidad no cambia porque le llames de otra forma. La Biblia Negra falla en el momento en que MARIA empieza influir sobre ella. Aunque lo cierto es que MARIA no era un coloso como su adversario, lo que hacía era poner piedras, atascos, manipulaba estados de la Biblia Negra y trataba de desviarla. En definitiva, trataba de engañar al Firewall 666,66 para que tomase una suposición que fuese falsa y que su Biblia Negra se convirtiese en un castillo sobre el aire. Por eso los nombres en clave dentro de Destino y todo el secretismo, había que controlar lo máximo posible la información que hacíamos pública sobre nosotros mismos, aunque lo cierto es que en Destino nunca supimos el motivo real por el cual esto era vital.

-Cumplió su objetivo, ¿Verdad? -preguntó Jorge-. Ya no oigo sus voces, creo que eso es bueno.

-Así es. Aunque lo cierto es que MARIA también sufrió muchas derrotas, y todos los estados que nos daba, no eran más que en el fondo fragmentos de la Biblia Negra que ella aderezaba con la información propia que tenía gracias a nosotros, puesto que ella era incapaz de crear las predicciones que nosotros le atribuíamos a ella.

-Creo que es una historia muy bonita. La prefiero así -dijo Severa-. Ella no era una gran máquina, no tenía poderes mágicos. Era en el fondo una de nosotros, luchó como todos nosotros por lo que creía justo, incluso aunque yo no alcance a entender lo que es ella en realidad.

-Creo que hablaba con Liliana a veces. Le decía cosas, no sé muy bien cómo debió ser eso, pero no sé, tengo tanta información ahora mismo en mi cabeza sobre ella... Creo que ese fue su último gesto antes de que la máquina orgánica que le daba soporte muriese, me reveló toda la verdad que había detrás de la guerra que tanto hemos tenido que sufrir. Creo que justo al final, vi su cara.

-¿Cómo es su cara? -preguntó Jorge-.

-Tenía la misma cara que mi madre. Recuerda todo esto, Jorge, cuando te cases con esa chica, con Sara Rami.

-¿Cuándo me case con ella? ¿De qué estás hablando?

Marcos respondió a esa pregunta con una sonrisa mientras señalaba a la lápida.

Mario estaba en un bar junto con Isidora cerca del antiguo cementerio. Después de todo el altercado y a pesar de que en teoría el sur estaba reverdeciendo muy rápidamente, la gente se había refugiado

lo más al norte que había podido, lo que hacía que el bar estuviese completamente lleno. La televisión estaba a todo volumen.

-¿Al final te encontraste con aquella mujer que decías? -preguntó Isidora-

-Sí -dijo Mario-

-¿Y qué pasó?

-Hablamos un poco, estaba muy cambiada, a mejor. Me alegré de verla bien. Era demasiado joven para el trabajo que tenía en la época en la que nos conocimos, incluso ahora pienso que quizá fue bueno para ella acabar en Destino, pero me da pena ver cómo todas esas personas jóvenes tiran sus vidas por culpa de esta terrible falta de sentido de la que parecen adolecer todos.

-¿Por qué dices eso?

-Porque la hemos enterrado esta mañana. Era Reyes García.

De repente se cortó el programa que estaban emitiendo, y un presentador apareció para dar una noticia de última hora:

“Se confirma la detención del presidente de la Unión Europea, John Naic. Quedan así pues acreditados los rumores que indicaban que el presidente habría cometido delitos de guerra por los acontecimientos ocurrido en la ciudad de Zaragoza hace dos semanas. Estas han sido sus declaraciones cuando lo llevaban al furgón policial de madrugada, con las esposas ya puestas:

-¿Me detenéis por lo que he hecho? Soy el producto de vuestros deseos, y el resultado de vuestros votos. Son vuestras necesidades y vuestras elecciones las que me han llevado al puesto al que estoy hoy. Me condenáis por hacer aquello para lo que me elegisteis que fuera presidente. Condenarme a mí por mis actos es condenar a toda la sociedad, es condenaros a vosotros mismos. Es la sociedad la que se condena a sí misma en mi figura, pero no es mi conciencia ni mis manos las que está sucias.”

-¿Qué crees que pensarían los muertos ahora si vieses cómo han acabado las cosas?

-No lo sé, eso no lo sabremos ya nunca con certeza. Pero sabes, estaba pensando. De todas las personas que hemos enterrado hoy, Liliana era la única que conocía a los cuatro asesinados, ¿Verdad?

-Sí, creo que sí. ¿Por qué lo dices?

-No... Por nada.

-Y ahora, dime -dijo Isidora-. ¿Qué crees que pasará? ¿Quién contará el pasado a nuestros hijos en el futuro?

-¿El futuro? Aún queda mucho para eso -dijo Mario-, pero si tengo que desear algo, creo que prefiero que quede escrito ahora.

Liliana abrió los ojos, estaba dentro de una especie de membrana orgánica, llena de un extraño líquido que no conseguía identificar. En cuanto llegó el reflejo que la incitaba a respirar, arañó con fuerza la membrana y la consiguió romper, saliendo de ella y llenando sus pulmones.

“Aún tienes una misión pendiente” Oyó en su cabeza una voz resonando con fuerza.

No llevaba ya la armadura de combate, pero aún llevaba el traje que solía ponerse por debajo, que apenas estaba rasgado. Se levantó con confianza, la pierna le había dejado de doler. Se sorprendió ella misma de lo bien que estaba físicamente.

“Es algo necesario, algo que impida que nada de esto pueda volver a suceder.”

Se iba a ir de la sala en busca del exterior, cuando empezó a oír ruidos atrás de ella, era un sonido extraño. Se giró para ver lo que estaba produciendo el ruido. Al girarse contempló como el Firewall

666,66 estaba completamente muerto. Todo lo que antes había cubierto aquel musgo extraño ahora sólo tenía polvo de ceniza por encima, y la gran masa orgánica se había reducido brutalmente en tamaño y parecía estar completamente inerte. Liliana probó a tocarla con un dedo, y esta se deshacía prácticamente con sólo mirarla. Lo único que quedaba de aquella máquina orgánica era la membrana de la que ella había salido, que poco a poco también parecía volverse rígida e inerte.

“No sólo para que no vuelva a ocurrir, sino para sanar lo que antes estaba enfermo. Para que de la guerra no sólo quede el recuerdo de la misma, el miedo a la repetición, sino que nazca la paz.”

El mismo ruido volvió a producirse, había alguien más en la membrana, alguien que estaba saliendo. Liliana fue corriendo a tratar de ayudar a los brazos que acababan de romperla. Reconoció la cara del hombre que salió de la misma.

“Sin embargo, esta misión requiere además de algo, de alguien especial.”

Gabriel Aquitán salió de la membrana, desnudo y con escasas fuerzas, y quedó tumbado en el suelo, sin apenas energías.

-No es posible -dijo Liliana, incrédula-. ¡No es posible! ¡Te vi! ¡Vi tu cadáver! -Liliana comenzó a llorar sin ningún tipo de control-. Dime que no eres un fantasma, ¡Te vi morir! Estás en mi mente, no eres Gabriel. Eres otro truco del Firewall.

-Lamento... Lamento haberte causado esa impresión -dijo él sin apenas energías-.

“Es irónico, que seas al final tú quien recibas el deseo de tu padre, pero justo. Es una justa retribución al destino que has tenido que enfrentarte”

-Tuve un sueño... Un sueño en el que nos conocimos cuando éramos jóvenes, que mirábamos las estrellas.

-Lo sé, lo sé. Yo también los tuve, Gabriel. Estábamos los dos solos, hablando mientras bailábamos.

-Fuiste una joven especial, una muchacha preciosa.

-Sigo siendo preciosa, estúpido.

-Tus ojos brillan con una luz que nunca había visto antes. Espero que me perdones, pero me siento como si me hubiese pasado meses fuera de este mundo.

-¡Maldita sea! ¿Dónde has estado?

-No lo sé, pero podía oír tu voz. Tienes una voz muy bonita, muy dulce, cuando no estás debajo de todo ese metal. ¿Cómo he llegado aquí? No lo sé, creo que tú tienes una mejor idea que yo respecto a eso.

“Gabriel y Liliana, vosotros sois los herederos de la tierra renacida, vosotros sois los auténticos Profetas del Nuevo Edén”